

# ASUNTOS PENDIENTES



*Érika B. Carrillo*

# **Asuntos Pendientes**

ÉRIKA B. CARRILLO

Asuntos Pendientes  
1ª edición. Septiembre 2019.

Portada: Misao Escalera | Señorita Tinta  
Diseño Editorial: Edna Rivera | ÁGATA Libros  
Cuidado de la Edición: Xóchitl Partida | ÁGATA Libros

D.R. Érika B. Carrillo  
ISBN 9781075269905

ÁGATA Libros  
San Miguel de Allende, Gto.  
[contamoshistorias.com](http://contamoshistorias.com)

Impreso en México | Printed in Mexico

*La vida es tan corta y el oficio de vivir tan difícil,  
que cuando uno empieza a aprenderlo, ya hay que morirse.*  
Ernesto Sábato

## El Sobre Amarillo

Marielena estaba de pie frente al féretro de su hijo menor cuando su marido Rafael, con quien no hablaba desde hacía cincuenta años, se acercó a ella y le dijo que tenía ahí mismo un sobre en el que había escrito su confesión.

—Aquí está, Malenita — el viejo se abrió un poco el saco y Marielena vio un sobre amarillo.

—En estas páginas, que son para ti, te he escrito mi historia, mi confesión.

Marielena lo miró un segundo, era un viejo de noventa años, con la cabeza blanca y el cuerpo encorvado. Sí, era Rafael, su güero, pero también podía “no ser él”. Marielena le preguntó si sabía quién era ese hombre del ataúd.

—Es nuestro hijo Antonio —respondió, —el menor de los cinco hijos que tuvimos juntos, y tú eres mi esposa, lo eres todavía porque nunca aceptaste divorciarte de mí.

Rafael tenía varios años con Alzheimer y parecía imposible que recordara con esa lucidez. A Marielena se le cortó el llanto. Se habían separado hacía cincuenta años ¿qué significaba esa conversación? ¿Por qué precisamente ahí, frente al cuerpo de su hijo muerto, Rafael le decía que tenía esas páginas escritas con su historia, con su confesión?

Cuántas veces ella lo había perdonado por tener otras mujeres; cuántas veces la engañó diciendo que “tenía reuniones del Sindicato” y ella todavía le planchaba la camisa; nunca Rafael se preocupó por Malenita cuando se quedó sola, con Antonio niño, y tuvo que empezar a trabajar por primera vez como secretaria del contador Román. Y los nacimientos de sus nietos, las bodas, los bisnietos, la enfermedad de Antonio.

Marielena pensó en esto en un segundo. Vio su vida desde lejos, con todos sus años, y supo que había tenido una buena vida sin él, pero también supo que

hubiera sido mejor, siempre hubiera sido mejor, al lado de su marido.

Marielena, con lágrimas en los ojos, le preguntó:

—¿Por qué no regresaste, güero? ¿Te fallé en algo?

—No, Malenita, nunca me fallaste en nada — respondió Rafael sin mirarla.

—Todos estos años y sigo sin entender por qué te fuiste ¿eras infeliz con nuestra vida?

—No, mujer, me diste una familia preciosa.

—¿Entonces, güero, por qué no regresaste? ¿Te fallé en la cama?

—Ay, mi Malenita, si supieras cuánto te gocé.

Rafael la miró a los ojos.

—La razón por la que no regresé es porque tú nunca me ibas a perdonar.

Y en silencio, Marielena supo que eso era cierto.

# Marielena

Mi abuela Marielena fue quien me contó del encuentro con mi abuelo Rafael poco tiempo después de la muerte de mi tío Tony. Estábamos en la casa de mi tía María, en la terraza, tomando el sol de primavera que mi abuela procuraba porque le fijaba la vitamina D y yo para quitarme un poco el color de oficinista.

—Esas fueron exactamente sus palabras, hija, que no regresó conmigo porque yo nunca lo hubiera perdonado.

Me gustaba saber, por mi propia abuela, de ese encuentro en el velorio. Y más que me contara con tantos detalles ese fragmento de historia prohibida. Desde que era niña, nadie podía pronunciar el nombre de Rafael en casa; nadie podía decir en voz alta que



teníamos contacto con mi abuelo y mucho menos que habíamos comido con él o con Carmina, su concubina. Cuando visitábamos a mi abuela, en Irapuato, mi mamá se encargaba de aleccionarnos a mi hermano y a mí para no mencionarle que habíamos visto a mi abuelo la semana anterior o que nos había visitado en casa Osvaldo, mi tío bastardo.

No lo entendía. Pero podía darme cuenta de que mi abuela cada vez que escuchaba el nombre de Rafael comenzaba una larga lista de quejas que terminaba siempre en llanto.

Marielena estaba a punto de cumplir noventa años, pero desde los ochenta, cuando mis tías decidieron que no podía ser autosuficiente, dejó su casa y comenzó una serie de mudanzas programadas: Febrero y marzo con la tía María, abril y mayo con la tía Teresa, junio y julio con mi tío Rafael, y, de vez en cuando, cuando ninguna podía atenderla en su casa, la enviaban con mi papá, aunque preferían no hacerlo; su nueva esposa, decían mis tías, no le ponía atención suficiente a mi abuela; es decir, que mi abuela no soportaba a la esposa de mi papá y para evitar la estancia en San Miguel de Allende, inventaba horribles

historias a mis tías: Susana le daba mal los medicamentos, Susana casi la mataba al bajar la escalera, Susana la obligaba a comer un alimento prohibido por el médico, Susana la veía feo.

Marielena no fue una mujer fácil, pero como anciana rozaba en el terror. En mis primeros recuerdos de ella, tenía poco más de sesenta años y me parecía más cercana a Maléfica que a cualquier princesa de cuento. Usaba siempre vestidos elegantes y tacones altos. Apenas despertaba, se ponía una bata de seda y se maquillaba para ir a la cocina a preparar café. Una cucharadita de azúcar y un chorrito de leche Carnation. Vivía sola. La visitábamos una vez al mes en Irapuato y recuerdo que tenía un Volkswagen azul del que nos contaba historias que nos hacían reír mucho; había aprendido a conducir a los sesenta años, la enseñó una vecina, hasta que un día chocó a veinte kilómetros por hora con un carrito de jícamas en medio de la avenida y mis tías decidieron vender su “Pitufito”.

Pero la personalidad temible de mi abuela no estaba en el volante, sino en su conversación. Fue educada para ser una buena mujer, para traer al mundo hijos sanos y educados, de modo que siempre había un

hecho que ella reprobaba y que quería solucionar “como Dios manda”: el divorcio de alguien, el novio de una prima, una frase inapropiada en la televisión, una actriz promiscua. Lanzaba sus juicios sin consideración y discutía el hecho una y otra vez hasta que le dieran la razón, aunque a veces tuvieran que pasar días, semanas enteras e incluso años. Marielena no olvidaba nunca.

“Mira tu prima, tan buena que es iy guapa! porque hay que reconocer que aunque tu tío esté gordo y feo, tu prima salió bonita, ¿sabes con quién está de novia?, con un mecánico. Hijita, dime qué es eso. Primero qué imagen crees que está dando en la calle, tu prima tan chula con ese vago, sólo imagínatelos, y luego si se casa con él ¿tú crees que va a tener una buena vida? Pues no. Y las familias, hija, ya veo a tu pobre tía Teresa teniendo que convivir con la madre de un mecánico”.

Sufría de verdad. Sentía una extraña responsabilidad por toda la familia y en ocasiones me llegaba a convencer de que si ella no hacía algo al respecto, la desgracia llegaría irremediadamente.

A mi tía Teresa: es tu hija, tú deberías decirle que ya deje a ese mecánico de una vez.

A mi tía María (lo mismo a mi tío Antonio y a mi papá): estoy preocupada por tu hermana Teresa, no sé cómo permite que mi nieta esté saliendo con ese pelafustán...

A la empleada doméstica: ¿A poco no, Ramona, que ese muchacho es un grosero? ¿Te saluda? No, ¿verdad? Pues no debería ni entrar a la casa, cada vez que toque a la puerta dile que no hay nadie.

A mí: deberías hablar con tu prima y convencerla de terminar con él, a ti sí te escucha.

A mi prima: ay, hijita, ¿tú crees que ese muchacho te va a dar lo mejor? Claro que no, sólo te quiere porque te ve como una mujer fácil, hasta yo me doy cuenta. Ya se acostó contigo, ¿verdad?

Al pelafustán: ni creas que te vas a quedar con mi nieta, para empezar, no eres de su clase.

A la mamá del pelafustán: le pido señora, que prohíba de una vez esa relación con mi nieta o tendré que hablar con su marido.

A Susana, la esposa de mi papá: tú tuviste la suerte de dejar tu arrabal, gracias a que mi hijo te aceptó como su mujer, pero no permitiré que una nieta mía se hunda en el lodo con tu gentuza.

Y así, un día tras otro, semana tras semana, a todas las personas que hablaban con ella les hablaba de la terrible relación de mi prima con el mecánico. Hasta que un día el pelafustán terminaba con el corazón roto en la puerta de la casa, y mi prima llorando en su habitación, odiando a mi abuela.

Era una entrometida profesional.

Pero Marielena era una buena mujer; una mujer sabia y simpática que además deslumbraba con su belleza. Mencionaba a menudo refranes viejos que decían mis bisabuelas, y construía fábulas con las historias que recordaba, que veía en la televisión o que escuchaba por ahí. Yo admiraba la forma como contaba esas historias. Comenzaba casi siempre preguntándome si recordaba a tal o cual, luego me explicaba el contexto de la historia (la línea familiar, en qué ciudad había ocurrido, en qué año, etcétera) describía a los personajes y finalmente soltaba un hecho demoledor. Positivo o negativo, no importaba, todas sus historias eran una maravilla.

*Tú no conociste a mi comadre Lucrecia, pero éramos vecinas cuando vivíamos en Cuautla.*

*Era un pueblo aburrido, Cuautla, pero había buen trabajo y tu abuelo y el marido de mi comadre Lucrecia trabajaban juntos en la fábrica. Los dos eran igual de coscolinos. Un día me fue a visitar a la casa mi comadre y me contó que tenía la sospecha de que su marido tenía otra mujer. Ay, hijita, eso todo el pueblo lo sabía, hasta yo, que por supuesto fingí que no sabía nada. Pero lo que me contó fue que una vecina chismosa le fue a avisar que en ese momento su marido estaba en la casa de la otra. Hasta la dirección le dio. Y entonces mi comadre, que ya estaba cansada del engaño, se animó a ir a la casa de la otra y tocó a la puerta. Le abrió su marido abrochándose la camisa. “Eres un desgraciado, pero así te quería encontrar, hijo de tu tal por cual”. Y el marido qué crees que le dijo:*

*-Disculpe señora, pero ¿quién es usted?*

*-Pues quién voy a ser, infeliz soy tu esposa! ¿quién te crees tú?*

*-¿Mi esposa? No señora, mi esposa está en su casa. Mi esposa es una mujer decente que jamás*

*se rebajaría a hacer un escándalo como este. Mi esposa sabe perfectamente cuál es su lugar. Y el marido le cerró la puerta en las narices.*

De todas las historias, la de Marielena era la más irresoluble, la más dramática y la que más la afectaba: cuando tenía cuarenta años descubrió que mi abuelo tenía un amorío con su secretaria, “una muchachita corriente y escuincla” y que tenía un hijo con ella. La noticia de la amante no era nueva, mi abuelo siempre salió con otras mujeres, pero lo que resultó intolerable para mi abuela fue que el mismo Rafael le confesara que mantenía otra casa y que a partir de ese momento tendría que aceptar que tenía dos familias, le gustara o no. Durante muchos años, cada vez que mi abuela hablaba en la sobremesa, después de dos cubitas, terminaba llorando y volvía a contar esta historia para que todos coincidiéramos en que mi abuelo se había comportado como un grandísimo hijo de puta.

Le contaba la historia a mi papá.

A mi mamá.

A mí (y cuando creció, también a mi hermano)

A mi tía Teresa, a mi tío Antonio, a mi tía María.

A mis primos.

A Ramona.

Al cura.

A sus amigas.

A su vecina.

Al hijo bastardo (pues claro que tenía su teléfono y dirección).

A “la otra” (también de ella).

Y a mi abuelo, después de la separación, en cada una de las tres únicas veces que se vieron en cincuenta años.

Malenita jamás iba a permitir que su marido tuviera dos familias, así que lo corrió de la casa para siempre con gritos y figuras de porcelana estrelladas en la pared. Ese día, recuerda mi abuela, fue el peor de su vida: su amor era tan grande por su güero y tan profunda fue su herida, que al día siguiente despertó y no tenía idea de quién era ella, ni esa casa, ni esas figuras de porcelana rotas. La internaron en un hospital psiquiátrico y no salió de ahí sino hasta dos años después.

Yo no recuerdo esa temporada, era apenas una niña, pero mi madre sí que la recuerda, sobre todo



porque mi abuela confundía a mi papá con Rafael, y cada vez que la visitaban en el hospital lo insultaba. “Eres peor que caca de gato” le decía en el jardín del hospital y, aunque mi papá era cariñoso y trataba de convencerla de que era Enrique, su hijo menor, ella lo miraba con ojos de odio. En una ocasión, apenas mi madre salió un momento, mi abuela arrastró su cama hasta la puerta y la atrancó para dejar a mi papá encerrado en el baño. “Ahí te vas a quedar, como la porquería que eres”.

Nunca se habría atrevido a decir “mierda”.

A mi mamá, en cambio, la reconocía como “su comadre Lula”, su confesora y su única amiga. Con ella era tierna y amorosa y siempre lloraba. Quién sabe qué maraña habría en su cabeza cada vez que recibía “a su marido con la comadre Lula” en el hospital psiquiátrico, pero las visitas no duraron por mucho tiempo. Los médicos sugirieron que ambos dejaran de ir hasta que mi abuela estuviera mejor.

Cuando se recuperó, volvió a su casa de Irapuato, siempre sola, siempre con la ayuda económica de sus hijos. Se volvió activa voluntaria de

las Vicentinas y asidua visitante de la catedral. Cuidaba mucho su alimentación (le decía a mi madre, “cuídate Lety porque a los cuarenta todo se te hace jamón”) y hacía quince minutos de ejercicio con Jane Fonda en un videocassette que ponía todas las mañanas en una reproductora VHS. Una cubita por las tardes, otra cubita en la noche para dormir mejor. Y quizá, en algún momento del día, todos los días, se quedaba mirando por la ventana, pensando en su güero que la había abandonado y lloraba.

## Lucía

Desde niña mi relación con mi abuela fue muy cercana. Tuve la suerte de ser una de esas alumnas bien portadas en la primaria y, eso me valió, en gran parte, para que ella creyera que yo iba a ser *siempre* una buena mujer. “Un árbol bueno no puede dar frutos malos” me decía. Me quería además porque me gustaba pasar tiempo con ella. Cuando la visitaba horneábamos galletas, íbamos juntas al mercado y nos sentábamos juntas a platicar mientras veíamos la televisión; alguna telenovela que ella me narraba de manera aleccionadora “esa desgraciada no se va a salir con la suya, ya verás, en la vida, hijita, la gente paga siempre lo que hace”. Además tomaba clases de ballet, iba a la escuela católica, tenía buenos modales y, lo más importante, nunca la contradecía. Mi madre era muy

estricta, fue criada por mi abuelo militar, así que en casa el respeto a los mayores era cosa seria y la más mayor de todos los mayores era mi abuela Marielena.

Pero en la adolescencia ya era yo otra persona. Me enamoré de un rockero con el pelo verde y me hice su novia. Fue una buena temporada adolescente en la que hacíamos cosas de adolescentes: organizábamos conciertos en bodegas de mala muerte, fumábamos marihuana, escuchábamos jazz y hacíamos el amor cada vez que podíamos, en todos los lugares donde podíamos; esto es, actividades que no eran precisamente las que mi abuela esperaba de mí. Así que me alejé un poco de ella para que no pudiera saber demasiado y evitarle así la decepción. Mateo también dice “todo árbol que no lleva buen fruto, debe cortarse y echarse al fuego”.

Cuando mi abuela se enteró del baterista, obviamente hizo todo para alejarme de él y, cuando al fin terminamos nuestra relación, se volvió su triunfo para siempre: “Yo te quité a ese vago” me decía y levantaba el mentón orgullosa y sonriente.

Marielena pasaba largas temporadas con mi familia en San Miguel de Allende y hablábamos mucho,

pero yo apenas le contaba de mí. A los diecisiete años había entendido esa frase de “crea fama y échate a dormir” y la convertí en mi lema. Recuerdo que mi obra favorita era una fotografía de Manuel Álvarez Bravo “La buena fama durmiendo” y que, cuando la vi por primera vez, en el museo de Arte Moderno de la Ciudad de México, le tomé una fotografía donde mi cámara y yo nos reflejábamos en el cristal. Mi primer autorretrato.

Tuve que encontrar un tema común para sobrellevar la relación con mi abuela, así que comencé a regalarle libros. Elegí algunas obras que podrían gustarle y fueron un éxito: leímos juntas a García Márquez (su novela favorita fue *El amor en los tiempos del cólera*) luego leímos a Laura Esquivel y a Ángeles Mastreta. Yo a la par leía por primera vez a los rusos: Chéjov, Dostoievski, Tolstoi, y estaba fascinada con ellos. Cada vez que teníamos un encuentro podíamos pasar horas hablando de los libros y sus autores y no de mi novio músico bueno para nada.

Mi abuela tenía la cualidad de convertir a los personajes en sus amigos, me hablaba de Don Florentino Ariza como si se hubieran conocido en Cuautla y casi me juraba que Tita y ella habían

cocinado juntas. Tenía una sensibilidad especial para el arte. No conocía prácticamente nada; sus viajes no tenían paradas en museos o salas de conciertos, pero podía conmoverse hasta las lágrimas escuchando un disco de boleros o cuando me dejaba leerle en voz alta los *Poemas Humanos* de César Vallejo. Mi abuela, preciosa, lloraba mucho. Con el cine era lo mismo; pasábamos juntas tardes enteras en el sillón de la sala viendo películas. Veíamos de todo, especialmente películas románticas y comerciales, pero una tarde me dijo:

—¿Sabes hijita? Ya me di cuenta de que me gusta más el cine europeo. No tiene tanto drama ni está lleno de explosiones. Cuenta las historias de una manera más profunda, más lenta, y parece como si escogieran las imágenes y la música, todo parece más pensado.

Nuestra salida favorita era caminar juntas en el parque para contemplar árboles y escuchar pajaritos y, si su visita coincidía con un martes, íbamos juntas a La Placita a comer tacos de barbacoa o de cecina con chorizo verde. Varias veces, cuando estábamos solas en casa, a escondidas de mis papás, nos fumamos unos cigarros rancios que ella sacaba de quién sabe dónde y escuchamos juntas mis discos de jazz: “escucha ahora

el piano, abuela, escucha cómo seduce a la trompeta, la acaricia, le baila y entonces la trompeta le responde, le coquetea...” Siempre dejaba que yo le narrara las piezas enteras.

    Mi abuela y yo éramos amigas. Estábamos unidas más allá del lazo familiar. Estar con ella me dejaba la sensación de que su edad y mi edad no eran una barrera; ella no trataba de aleccionarme como hacía con el resto de la familia y yo no la trataba como viejita inútil como hacía el resto de la familia (le decía abuela o Marielena, y no abuelita, por ejemplo). Nuestra relación era una amistad honesta y de verdadero amor que duró hasta el día que enfermó y entonces fue ella quien se convirtió en otra persona.

## La vejez

Apenas un mes más tarde de la muerte de mi tío Tony, mi papá me llamó: “Tienen que operar a tu abuela de las vértebras del cuello y ponerle una placa, pero sus huesos están frágiles y los médicos no creen que las soporte”.

Me costó trabajo creerlo. Mi abuela era una anciana. Me dolía saberlo. ¿Cómo iba a vivir mi abuela su reinado con las vértebras deshechas? Pensaba a menudo en la historia del sobre amarillo que me había contado apenas unos meses atrás, perfectamente sana y lúcida; quería saber si lo había encontrado, si lo había leído, si acaso lo que leyó la enfermó más, pero no había manera de enterarme. Le pregunté a mi papá, pero no sabía nada de la historia del velorio, y no era



raro; mi abuela no iba a contarle algo así a mi papá. Si acaso lo contó, tuvo que ser a mi tía Teresa o a mi tía María, pero yo a ellas no podía preguntarles; desde el divorcio de mis papás nos habíamos alejado. No había confianza, no tenía sentido. Supieran del sobre o no, iban a mentir.

Mi tía María decidió que la mudaría de manera permanente a su casa de Querétaro. De los cinco hermanos era ella la más independiente y la más solvente; de joven había hecho una buena carrera como mecanógrafa y mi tío era médico. Era el “mejor plan”, pero la vida de esa familia con Marielena no iba a ser fácil, mi abuela tuvo que aprender a vivir con el dolor y con un coctel de medicamentos que acabaron con su buen humor y sus ganas de vivir. Mi tía discutía todo el tiempo con mi tío cualquier cosa, y los gastos del médico, los medicamentos, el hospital... Al principio los hermanos cooperaban, pero fue muy fácil dejar la carga completa a mi tía María y a su santo esposo.

El problema de las vértebras había dejado rígida su columna en la parte superior, de modo que no podía levantar los brazos, ni comer ella sola, ni peinarse, ni

maquillarse desde temprano en la mañana, como hacía siempre.

Ver su cara de enferma todos los días hacía que se odiara en el espejo.

La visité, aún sabiendo que verla en ese estado me rompería el corazón. Tenía noventa años, yo veintiséis, y esa fue la primera vez que la vi como una anciana.

—A veces cree que Antonio todavía está vivo —me dijo mi tía María —y pregunta mucho por tu abuelo Rafael.

—¿Y qué le dicen?

—Le expliqué que mi hermano ya había muerto, que había tenido una buena muerte, que estuvimos todos en el velorio, incluso mi papá, pero no me dijo nada. No sé si me escuchó.

—¿Crees que tenga bloqueada la muerte de mi tío Tony? —pregunté.

—Tal vez.

—¿Y de mi abuelo qué dice?

—Pregunta a qué hora va a llegar.

—Vaya... ¿Otra vez piensa que vive en Cuautla?

—Mi tía se encogió de hombros.

Estuve con mi abuela en su habitación. Necesitaba una enfermera que la asistiera en todo, pero por esa tarde yo estuve con ella. Tenía una vocecita débil y un lamento constante. Los medicamentos la tenían adormilada y triste.

De pronto me di cuenta que no sabía quién era yo; varias veces tuve que decirle soy Lucía, abuela, la hija de Enrique y Lety. Pero no sabía ni de Enrique ni de Lety ni de Lucía. Cuando la ayudé a acostarse, me quedé junto a ella en la cama y la abracé hasta que se quedó dormida. Seguía escuchando su lamento.

Mi abuela era una vieja. No lo soportaba.

“Todo va a estar bien, abuela” y mi llanto silencioso poco a poco mojó su almohada. “Todo va a estar bien”.

**San Miguel de Allende, enero 20, 2007**

**Querido Qwerty,**

Mi abuela me hizo pensar por primera vez en la vejez. ¿Qué se siente envejecer?, ¿qué sentiré al verme en el espejo, recordar mi cara sin arrugas en las fotografías y pensar “así era yo”? Envejecer y crecer no es igual. Ningún niño hace caso del estiramiento de sus huesos ni del cambio de su cuerpo mientras cumple años. Envejecer está presente siempre: aparecen arrugas, ojeras, la piel se vuelve flácida; hay una conciencia del proceso, una conciencia alarmante porque además no tiene lugar en el ciclo biológico natural: nacer, crecer, reproducirse y morir. Envejecer está en “ninguna parte”, como la adolescencia, por eso hay que eliminarla con cirugías plásticas, cremas antiarrugas, implantes de pelo y recetas caseras de la eterna juventud. Nadie quiere envejecer, la ley natural lo ha dicho: después de tener hijos, a morirse.

Me molesta la imagen social de la inutilidad de los viejos, ese imaginario colectivo que nos hace tratarlos como si fueran de otra especie: ay, la viejita, pobrecita. ¿Pobrecita por qué? La falsa ternura es también una forma de desprecio. Es humillante. Cualquiera de nosotros se sentiría ofendido si alguien nos tratara de esa manera, como inútiles, como estúpidos. Pobrecitos viejecitos. ¡Que alguien se atreva a pobretear mi abuela a sus noventa! Marielena lo fulminaría con la mirada. Y sin embargo, he notado que a veces Marielena se disfraza de viejita con las visitas que no le interesan y con la gente del servicio de la casa. No lo entiendo. Con mis amigas casadas es lo mismo, hablan y se comportan exactamente igual que sus madres; se visten de señoras. Los viejos, se visten de viejos.

Mi preocupación no está, si es que pareciera, en el hecho de *ser* viejo, en la vejez tienes tanta vida adentro que es el mejor momento para convertirte en poeta, para convertirte en sabio; *hacernos* viejos es la acción que me interesa; el proceso lento de desgaste del cuerpo, la transformación silenciosa en la que nadie repara y que es, quizá, el cambio más violento que vive

un ser humano. Menos mal que la naturaleza además de sabia, es buena, y se lleva años en jugárnosla. La transformación de un adulto a viejo es tan brutal como si nos convirtiéramos en aves o en iguanas.

Qué más da que nos salgan arrugas, plumas o escamas, todas nos parecerán igual de terroríficas.

## Monterrey

Mientras mi abuela vivía su delirio de *Imipramina*, mi abuelo Rafael murió. Justo un año después de mi tío Tony.

—¿Y mi abuela cómo está? —le pregunté a mi papá por teléfono cuando me dio la noticia.

—Tu abuela está bien, sigue en Querétaro, pero tus tías ya tomaron la decisión de no decirle nada.

Pues sí, la enfermedad y los medicamentos la tenían desorientada y deprimida. Era sensato.

Yo vivía en Monterrey en ese tiempo y, aunque varias veces pensé en visitarla, no lo hice. Me dolía que estuviera enferma, que no supiera quién era yo, que no recordara nuestra vida juntas. ¿Para qué querría visitarla? ¿De qué servía que fuera a verla si no me

reconocía? ¿De qué hablaríamos? Me costaba mucho entender qué era lo que tenía que hacer; como las primeras veces que das un pésame o cuando tienes que declarar impuestos ¿qué se dice y qué no?

En Monterrey llevaba trabajando dos años para una organización social “sin fines de lucro” que tenía sede en Estados Unidos e iniciaba operaciones en México, y esa fue la misma temporada que estuve lejos de mi abuela: Dos años.

Fue un alejamiento general de mi familia, forzado y necesario, que me llevó a encontrarme en un lugar donde nunca imaginé vivir. Dicen los viajeros que los viajes sólo nos acercan a nosotros mismos, y fue precisamente estando lejos de mi familia, cuando más cerca he estado de ella, y cuando más cerca he estado de mí.

Hablé solo dos veces por teléfono con Malenita, más por petición de mi papá que porque yo quisiera hacerlo, pero nuestras conversaciones fueron un desastre:

- Abuela, soy Lucía, ¿cómo estás?
- Bueeeeno, no te oigo, ¿quién es?



Haciendo “casita” con las manos en la bocina del teléfono:

—¡Abuela, soy Lucía! ¡cómo estás!

—Ay, hijita linda, muy mal. Pues es que ya estoy muy carcacha —hablaba lento, con esa voz de viejita que me parecía la de una falsa Marielena —pero cuéntame de ti ¿cómo están tus hijos?

—Abuela, soy Lucía, no tengo hijos.

—Ay qué bueno, diles que les mando todo mi amor.

—Y yo a ti te mando todo mi amor, abuela. Pienso mucho en ti ¿sabes?

—Salúdame mucho a tu mami, ella siempre tan linda, bueno, ya te cuelgo porque te va a salir muy cara la llamada, te amo, hijita.

Y luego me colgaba cantando bAAaaaaaaaiiiii.

La segunda llamada fue igual.

Me enojé con mi abuela por hacerse vieja. Me enojé mucho. No podía hacerme a la idea de haber tenido a Marielena y luego esa extraña anciana del teléfono. Me perseguía la pregunta del sobre amarillo, ¿lo habría encontrado? Y si no, ¿tenía sentido saber la confesión de mi abuelo a estas alturas?

En Monterrey viví un tiempo duro sin certezas, sin mi abuela, sin mí en su memoria, y a la única persona a quien le escribía era a Asdrúbal. Él era el único con quien podía y quería hablar de ella y, además, Asdrúbal vivía un proceso similar de enfermedad y alejamiento de su abuela. Me gustaba escribirle. Eran largos emails donde, él desde Madrid y yo en Monterrey, nos acompañábamos con letras en nuestro luto anticipado. Asdrúbal era un amigo reencontrado, aunque sería mejor decir que fue un amor fallido; nos habíamos alejado varios años, por un malentendido estúpido, como todos los malentendidos, pero nuestro reencuentro en la lejanía, con letras, me reconfortaba. Nunca sabrán nuestras abuelas cuánto las recordamos y cuánto las quisimos en esos mensajes. Eran *emails* bonitos, con frases pensadas, escritos con tiempo y muchas tazas de café. Estaban llenos de recuerdos bellos, como el del día de la lluvia, en el que salieron Asdrúbal y su abuela al jardín y después de mucho silencio, cuando ambos contemplaban el paisaje mojado como si fuera un gato, su abuela le dijo en secreto “mira cómo esa gota está abrazando la ramita”.

Pero a pesar del “acompañamiento lejano” de Asdrúbal, esa temporada en Monterrey yo no estuve bien. La organización “sin fines de lucro” donde trabajaba, hacía proyectos educativos con presupuestos millonarios en escuelas públicas y, aunque mi trabajo me gustaba, la ciudad me parecía aburrida. Durante la semana la oficina llenaba las horas de los días, pero el fin de semana lo pasaba más bien sola; me gustaba caminar por la Macroplaza y luego entrar al Sanborns a comprar películas baratas en DVD que luego veía en mi casa. “Los puentes de Madison”, “Sueños de África”, “Amadeus”. Ordenaba comida a domicilio y el resto del tiempo leía, pensaba y escuchaba mis discos de jazz. Tuve un novio en ese tiempo, un loco que volaba parapente, pero muy pronto descubrí que era en un patán y lo dejé. Por fortuna el reencuentro con Asdrúbal sucedió justo en ese momento. Sabía que estaba en España, que estudiaba al fin la maestría y como antes hacía, llenaba mi *inbox* con fotografías, con música y con recuerdos de México.

En Monterrey el tiempo pasaba lento, como en un reloj de arena. Y en todo ese tiempo las noticias de

mi abuela no mejoraron. Por teléfono mi papá me había contando que mis tías otra vez se turnaban la estancia de mi abuela, unos meses con Teresa, unos meses con María. Pero que la última vez mi tía Teresa corrió a Marielena de su casa después de que le reclamara un supuesto amorío con el jardinero: “Yo te he visto meterlo a la casa, hija, qué vergüenza pensar que yo te eduqué con tanta clase y has caído taaaan bajo”. Era un disparate: mi tía Teresa y el jardinero. Así que mi abuela, otra vez, vivía permanentemente en Querétaro, con mi tía María y su santo esposo.

Deprimida y cansada.

Sola.

Recuerdo que estuve muy pensativa esa noche que hablé con mi papá. ¿Mi abuela había enloquecido de verdad? ¿Volvería a ser la misma Marielena algún día? Salí al patio a fumar y a ver las estrellas, a seguir pensando. Cuando uno ve las estrellas está en cualquier lugar: en el mar, en la casa de mi abuela, en África, en La Patagonia, aunque quizá desde el polo las estrellas se vean “al revés”. Quién sabe. Quise estar lejos esa noche y despertar en un velero con destino a Buzios, en una cabaña en medio de un bosque, en un aeropuerto

internacional con trenecitos y ciento cincuenta salas. ¿Volvería mi abuela a ser la misma Marielena? Recordé una frase que había leído en una revista “cuando uno quiere cambiar su mundo tiene que salir a buscar aventuras, porque el mundo será el que nos cambie a nosotros”. Era de una entrevista a Fidel Castro sobre Hemingway. ¿Y si mi abuela solo estaba aburrida de ser ella misma?

**Monterrey NL, 9 de julio 2009**

**Querido Qwerty,**

Desde la ventana puedo ver la tormenta con todo ese viento que hace que los árboles se azoten como ramas de santería. Llueve mucho, no se ve la avenida desde el balcón, tampoco las banquetas, sólo una mancha gris del cielo a la tierra y los faros de los autos que avanzan lentos como en una procesión.

Antes de que arreciara la lluvia, en ese momento en el que el viento corre desordenado y todo se llena de olor a tierra mojada, pude ver algunos rayos sobre el cerro de la silla, rayos azules, rayos púrpura, y luego escuché el ruido de los truenos truuuuaaaaaaa. Me gustan las tormentas. Me hacen recordar el mito de los tlaloques, los duendes de las nubes que llevan vasijas de barro llenas de agua, y que juegan y brincan entre las nubes hasta que las vasijas chocan y se rompen. Truuuaaaaa. Por eso dicen que “llueve a cántaros”, supongo.

En Monterrey ha llovido todo el fin de semana. Los días de lluvia están encerrados en sí mismos y, quizá por

eso, a muchos nos gustan, aunque no siempre, como no siempre nos gusta estar encerrados en nosotros mismos.

La lluvia de estos días se ha sentido como un bálsamo que, sin yo preverlo, me ha hecho despertar del letargo de las últimas semanas, que ya son meses.

Llevo todo este tiempo pensando en un cambio estructural, uno de esos que marcan un antes y un después, un cambio hacha, un cambio abismo y, hace un momento en la Macroplaza, con la bruma de la noche que parecía salir como vaho de la boca de los árboles, empecé a sentir las respuestas claras adentro de mí.

Bruno me dijo en la oficina que los cambios no pueden ser radicales, que no somos chapulines para brincar del negro al blanco. Hablamos mucho de cómo las personas hacen sus vidas sin conectar sus pasiones, es decir, sin preocuparse de que sus cambios estén vinculados entre sí. “Uno quiere cambiar de contador a astronauta y eso no es posible. La vida se trata de conectar, de vincular, porque de otra forma solo empezariamos todo el tiempo y no construiríamos nunca nada”. Quién sabe. Construir intentos es también una forma de vincularte contigo mismo.

Estoy en un momento en el que entiendo ¿al fin?, que esta vida que tengo está en mis manos. Tal vez es algo que ya todos saben y que por ser un lugar común ya nadie repara en la importancia de plantearse el qué y el para qué de cada vida, pero comprenderlo hacia uno mismo parece hacer toda la diferencia.

Durante los últimos años, éstos en los que he sido obligada a aprender el oficio de ser adulto, tuve la confianza de ser joven, de que me faltaban muchos años todavía para equivocarme y además confié en mi suerte y en que todas las personas que me rodeaban eran buenas, pero llega el momento —siempre llega— en el que la vida te da una patada y luego otra y entonces uno dice ya basta y deja de sentirse único y de mirarse el ombligo y decide empezar a construir/se.

Hace varias noches, como diez noches, soñé que vivía en la Ciudad de México, en una casa que tenía una reja gris y las paredes verdes. En mi sueño llovía, otra vez la lluvia, y encontraba a Asdrúbal que me saludaba de lejos. Entonces la magia: mi jefe hoy me confirmó que ya estaba firmado el contrato con la Secretaría de Educación, y que teníamos que abrir una nueva sede en



la Ciudad de México. Le pedí que me enviara a mí: “y si no lo haces, renuncio”.

Todo es cuestión de encontrar los momentos precisos para saltar, dice mi amigo de los chapulines.

Ahora quiero soñarme en Barcelona.

# Asdrúbal

Conocí a Asdrúbal en Maruata, una playa “virgen” de Michoacán que estuvo de moda en los noventa. Maruata tenía una serie de pequeñas bahías entre las montañas, donde vivían apenas unas cien familias de indígenas nahuas. Viajaba sola, pero conocía de otras visitas a Doña Amparo, así que sin dudar mucho me quedé otra vez en su palapa.

Ir a Maruata significaba “no hacer nada”. Elegía estar pasar ahí los veranos como una especie de retiro personal, un ritual para limpiarme de alguna tragedia, que siempre había: la muerte de Jorge, mi mejor amigo, el divorcio de mis padres, el abandono de mi perro... Era un momento solo para mí. Pasaba el día leyendo en las hamacas de la palapa o dando largas

caminatas por las bahías. Me gustaba estar sola y prefería no hablar con nadie; apenas con los machines o con doña Amparo, que no perdía oportunidad para hablarme de su hijo soldado, a quien yo tenía que conocer muy pronto para convertirme en su nuera. Llevaba un poemario de Stevenson, los dos tomos de *Último Round*, de Cortázar, y *La vuelta al día en Ochenta mundos*; lecturas fragmentadas, nada que pudiera leer de corrido en una sola tarde y de pronto no tuviera nada que leer; mi propia trampa. Comía pescadillas, bebía cerveza y por las tardes escribía y organizaba juegos de Lotería con “los machines”, los niños de la comunidad.

La comunidad de nahuas tenía una historia peculiar, los narcos habían tomado sus tierras en la montaña y los habían obligado a ocupar la costa. Cuando lo supe, comprendí mejor ese ambiente casi incongruente, que se notaba sobre todo en las mujeres mayores, que seguían usando faldas de lana, porque lo que uno se espera es que los costeños sean más bien abiertos y cálidos y no montañeses uraños e introvertidos. Maruata era entonces una mezcla de posibilidades, un lugar de reconfiguración.

Mi vecino de palapa era Quique, un poeta poblano de veintitrés años que no hacía más que leer y fumar marihuana. Él tampoco hablaba con nadie y por eso me gustaba. Tenía el pelo chino y era muy moreno, con unas piernas tan flacas que no dejaban duda que no había hecho un minuto de ejercicio nunca en toda su vida. “Soy poeta”, me dijo una tarde que llegó a la mesa donde jugábamos lotería y, al enterarse de que leía a Stevenson, se sorprendió:

—No sabía que Stevenson fuera poeta —dijo Quique —qué interesante ¿por qué no vienes con mis amigos a leernos algunos versos? Nos reunimos por las tardes, en la palapa de don Cuco.

Le dije que sí.

Conocer a Quique me daba una curiosidad morbosa, nunca había conocido un poeta y menos a uno de mi edad. Para mí los escritores eran Dostoievski, Tolstoi, Vallejo, Borges, Cortázar, todos bastante muertos para entonces. ¿Pero es que uno se puede nombrar escritor así como así?

La cita con los amigos poetas fue tres palapas adelante, a unos doscientos metros de la palapa de doña Amparo. Eran tres, dos hermanos de Torreón y

un hippie francés. Nos saludamos y Quique me presentó como “su nueva amiga de la Lotería”. Estaban todos adormilados en las hamacas.

—¿Quieres una cerveza, chica de la Lotería? — preguntó uno de los hermanos acercándome una botella. Le dio otra a Quique. Yo estaba de pie, con el cuerpo aún mojado de mar, mirando hacia la playa y el reflejo del sol me impedía ver con detalle sus caras a contraluz.

—¿Entonces vienes a la playa a jugar Lotería? — Insistió el hermano de Torreón.

—No en realidad, lo hago para entretenerme y para convivir con los niños de la comunidad.

Después me mantuve unos minutos en silencio, mirando el mar, ignorándolos a todos. La pregunta me había molestado, ¿quién va a la playa a jugar Lotería? ¿Qué manera era esa de abrir una conversación? Quería que mi silencio evidenciara que no quería hablar con nadie, estaba dentro de mi caparazón para que nadie viera lo roto que tenía el corazón y todo el miedo que me recorría las venas por estar ahí sola, sola en la vida, sola en el mundo.

Pero Quique rompió el silencio.

—Es muy divertido, deberías venir a jugar un día —dijo — al final de las rondas Lucía lee las cartas de la lotería como si fueran un tarot.

—¿Ah sí?, ¿y qué dicen las cartas de la Lotería? —preguntó de nuevo el hermano.

—Dicen lo que quieras —respondí. —Hay que ser creativo para “leer”, pero si no te dicen nada solo sumas los números y abres un libro en la página del total. Por ejemplo, tienes el cinco, el nueve y el doce. Sumas nueve más cinco más doce ¿cuánto es? Nueve y cinco, catorce, y doce, veintiséis. ¿Te gusta el veintiséis? Abres el libro en la página veintiséis. Si no, sumas el dos y el seis y abres el libro en la página ocho.

—¿De verdad? ¿Qué libro es el que consultas?

—*La vuelta al día en ochenta mundos*.

—De Cortázar, muy bien —“muy bien” qué significaba esa aprobación. —Mi hermano escribió su tesis de Comunicación sobre *Rayuela*.

—Muy bien —dije yo. Y como si fuera el momento de su actuación, el hermano comenzó a hablar desde su hamaca. “Hice una relación espaciotemporal de las plazas y los momentos cumbre de cada capítulo correlacionándolos con la música y las personalidades de cada personaje”. Bla, bla, bla.

—Soy Asdrúbal —dijo Asdrúbal estirando la mano, ignorando a su hermano comunicólogo.

—Lucía.

—Y él es Philippe y mi hermano es Eduardo.

No estoy segura de por qué ese primer encuentro me pareció tan desangelado. No hubo magia ni tampoco leímos poesía como me había prometido Quique. Estuvimos ahí bebiendo una cerveza y luego otra, conociendo a los hermanos de Torreón que estaban en Maruata por primera vez, pero la conversación no fluyó; estaban más bien ensimismados y pachecos. Asdrúbal hacía muchas preguntas: entonces eres de San Miguel de Allende ¿y cómo es la vida ahí? ¿Qué lees ahora? ¿Por qué Stevenson? ¿Habías venido antes a Maruata? ¿Cómo supiste que existía este lugar? Philippe intentaba afinar una guitarra que tenía solo tres cuerdas y hacía grandes esfuerzos por tocar el ritmo base de un corrido. Eduardo dormía en la hamaca. Quique estaba drogado, mirando la arena, recorriendo la superficie con la punta del dedo como si fuera un mapa. Yo estaba harta.

Me despedí y regresé a la soledad y al silencio de mi hamaca. Estaba triste ese verano, muy triste, y lo último que quería era una conversación superficial para saciar la curiosidad de un extraño. Prefería estar sola, pensando en las pequeñas cosas, como en los cangrejos que hacían hoyitos en la arena mojada o en el sonido de las piedras de la orilla cuando las movían las olas. Estaba atenta al efecto de las emociones en mí. Estaba viviendo una depresión por primera vez, una grande y memorable, estaba viajando sola a la playa por primera vez, había mandado al diablo a mi novio de pelo verde y estaba siendo valiente por primera vez. Tenía veintitrés años y sentir todo eso era lo único que me importaba.

Pero la tarde siguiente regresamos con los hermanos de Torreón y, esta vez, estaban además otros dos viajeros, Ernesto y Mario.

El primero en leer fue Mario:

*De oleaje tú de entrega de redivivas muertes  
en el la maramor  
plenamente amada  
tu néctar piel de pétalo desnuda  
tus bipanales senos de suave plena luna...*



—Es glíglico —dije emocionada cuando terminó *Balaúa*, como si hubiera sabido la respuesta de una adivinanza.

—No es glíglico precisamente —dijo después Eduardo, —el glíglico es el lenguaje del capítulo 68 de Cortázar, un lenguaje sin sentido aparente, con palabras inventadas, aunque sí, quizá tuvo su inspiración en Gironde, quien es anterior. También Vicente Huidobro escribió algunos textos con palabras que no existen.

—Y Lewis Carroll —recordé. —Hay un poema al inicio de *Alicia a través del espejo*, que no tiene sentido, que usa palabras inventadas y habla de cómo “alguien mata a algo” un monstruo o algo así. Lo recuerdo porque una maestra de literatura estaba obsesionada con las traducciones. Decía que había más de cincuenta traducciones de ese poema en al menos diez idiomas. ¿Cómo traduces el inglés sin sentido al español sin sentido? ¡o al japonés, o al ruso! ¿En qué se basan los traductores, en el sonido, en la sugerencia del significado?

—Wow —dijo Asdrúbal —Traducir el sinsentido...

—Me pregunto cómo habrán traducido el capítulo 68 al hebreo —preguntó Quique.

—*Rayuela* no está traducida al hebreo —dijo Eduardo, —pero lo estará un día, sin duda.

Leímos poesía esa tarde, mucha poesía. Más Gironde, algo Rafael Alberti, Benedetti y César Vallejo, quien ya para entonces era mi favorito, Al final les leí a Stevenson.

Mi vida con poesía, en esa playa, en esa soledad mía, fue un bálsamo de belleza que me cobijó el corazón. Fue haber llegado al paraíso de las abejas, en el video de “No Rain” de Blind Melon.

# La Lotería

Mi juego de la Lotería con Quique era así:

Barajeábamos las cartas siete veces, luego tomábamos siete cartas y las acomodábamos boca abajo sobre la arena en alguna posición de tarot que seguramente no existe. Entonces las descubríamos una por una y recitábamos solemnes la profecía.

Era el turno de Quique, yo leería su futuro:

—El Cantarito, mmm, algo muy importante estás conteniendo —le dije mientras descubría la primera carta.

—La Chalupa, La Dama, un largo viaje te espera con una mujer ¡pero un momento! Tal vez sea la mujer quien esconde algo, sí, es algo que no te ha dicho, un secreto.

Cuarta carta:

—El Negrito, ¿lo ves? El Cantarito significa que esa Dama esconde a otro hombre, un mulatón chulísimo que te desplazará en un segundo.

Descubrí la quinta carta:

—La Rana: estarás verde de coraje, amigo, pero no harás nada, te quedarás contemplativo ante la situación, esperando el momento de tu metamorfosis.

Siguiente carta:

—El Borracho, qué te digo. Te va a costar superar a ese morenazo.

Y finalmente la séptima carta:

—La Estrella, la esperanza, hay una luz al final.

Nos quedamos mirando las cartas en silencio, hilando el destino, comprendiéndolo todo.

—También puede ser una nueva chica que se llame Estrella, bióloga, que estudie a las ranas y con quien te pondrás una buena borrachera para olvidar al mulatón que se va a ir con tu vieja a Xochimilco, pero como sea no te va nada bien en esta tirada.

—Sí, es lo que veo. Qué pendejo, pinche güey.

—Lo bueno es que aún no tienes novia, Quique.

—Pues sí, es lo bueno. La rana también puedo ser yo, en un estado larvario de príncipe azul.

—Sí, puedes ser tú.

—¿Y El Cantarito? En esta lectura ¿qué podría ser El Cantarito?

—El Cantarito sería una metáfora, ¿no lo ves? El Cantarito.

—Claro.

Y Quique se fue fumando y pensando en la metáfora, hasta que su cuerpo de poeta de piernas flacas se metió al mar.

En la noche los hermanos de Torreón organizaron una fogata. Estaba ahí el francés Philippe con otros viajeros y pronto se organizó una gran fiesta. El francés estaba listo para tocar corridos mexicanos, había practicado toda la tarde, así que con su guitarra de tres cuerdas entonó un ritmo de *chunchaca*.

Con su acento francesísimo empezó a cantar:

*En mil novecientos  
sesenta y tgrés  
una meteoguita ha  
golpado la tiega  
(Coro) Ha golpado la  
tierra.  
El golpe fue bgutál*

*con tal velocidad  
que la gente no vió lo que  
acudió.*

*(Coro) Lo que acudió-o*

Pero La Meteorita, no era un corrido cualquiera compuesto por un francés en una guitarra de tres cuerdas: era una canción infinita. Después del primer párrafo, cuando la meteorita llegaba a la Tierra, empezaban unos gritos flamencos desafinados, histéricos (¡la meteorita había golpeado la Tierra!) y después de rascar estruendosamente las tres cuerdas, regresaba el chun-cha-ca original para volver a cantar:

*En mil novecientos sesenta y cuatrió  
Una meteoguita ha golpado la Tiega.*

Luego mil novecientos sesenta y cincó, sesenta y séis, sesenta y sieté... Empezamos dando vueltas alrededor de la fogata, cantando y bailando como una ronda de niños. Un año tras otro, la meteorita golpaba la Tiega. Estábamos borrachos, unos más que otros. La marihuana pasaba de los dedos de uno a otro sin importar de quién fueran. Asdrúbal y el francés, parecían viejos amigos aunque acababan de conocerse

el día anterior, la piel roja de los güeros, el ensimismamiento de los pachecos primerizos, las olas rugiendo atrás en la oscuridad absoluta del mar abierto, abierto, abierto, y los cuerpos anaranjados iluminados por el fuego.

Aproveché la fogata para enseñarle a Quique las cartas de Stevenson. Cada día de mi estancia en Maruata, como un diario, escribía una carta para Stevenson en mi libreta azul. Elegí a Stevenson porque en mi pequeñísimo poemario no había una fotografía de él y, aunque conocía su *Isla del tesoro* no tenía ninguna referencia física, solo esas letras llenas de emoción y ternura, con un barco de vela en la portada. Me inventaba nuevos Stevensons cada día: el lunes Stevenson era alto y moreno y para el miércoles ya era un surfer de pelo largo.

—No quiero tener sexo en este viaje —le dije a Quique. —Estoy limpiándome de los hombres, pero fantasear con ser la musa de Stevenson me hace muy bien. Sus *Cantos de viaje* son todos para mí y mis cartas, todas para él. Es perfecto.

—Mi Stevenson se llama Claudia —dijo Quique. —Es perfecta, pero no es real. No la conozco realmente,

es una chica de mi facultad, y aún así le he escrito muchos poemas.

—Es tu buzón.

—Sí, Claudia es un gran buzón.

De pronto descubrí que Asdrúbal trataba de escuchar nuestra conversación hasta que finalmente se acercó. Miraba fijamente el reflejo de la luna en el mar.

—¿Ya viste? —Me señaló una pequeña montaña que sobresalía a un par de kilómetros de la playa.

No supe qué ver. Y me dio pena preguntarle. Estaba ahí una luna enorme y una montaña en medio del mar que brillaba, una escena simple y hermosa. ¿Era eso?

—Le dicen La Ventana —dije de pronto. —A veces los machines de la comunidad nadan hasta allá y se tiran clavados. Me han invitado a ir pero no soy buena nadadora. Prefiero verlos, son muy divertidos; se mueven en el agua como si fuera su medio natural, chapotean, juegan, se suben en el cuerpo de otro y saltan al mar. Lo hacen aún cuando están lejos de la orilla y el mar es profundo. Parece que flotarían naturalmente, ¿los has visto? No sé cómo lo hacen.

Asdrúbal no respondió.



Había algo en Asdrúbal que me atraía. No era exactamente una atracción sexual, quizá me intrigaba su manera de observar tan diferente de los otros.

O su silencio.

Seguimos bebiendo y Quique aprovechaba cualquier oportunidad para tocarme la pierna. Imaginé un segundo su cuerpo flácido sobre mí, con sus piernas flacas, lleno de sudor y de arena y quise correr. El sexo en la playa no es mi actividad favorita; tantos fluidos y tanto sudor y tanta arena me causan repulsión. Pero no corrí. Alguien propuso cantar *La Meteorita* en la fogata vecina y el *tour* me valió para librarme de Quique mientras *La Meteorita* golpeaba la Tierra un año tras otro, en todas las fogatas de la bahía. Varias horas después todos se dispersaron y cuando vi que Quique se besaba con una australiana, caminé hacia mi tienda de campaña y me fui a dormir.

No me despedí de nadie.

Al día siguiente los hermanos de Torreón ya no estaban.

—Se fueron en la mañana —dijo Quique.

—Vaya, qué pena, tenía ganas de conocer a Asdrúbal.

—Pues escríbele, me dejó su *email*.

—¡Oh, qué bien!, gracias.

Quique estaba ensimismado con toda la resaca del *tour* por la bahía y no quería molestarlo mucho. Al despedirme le pregunté:

—¿Y a qué hora terminaron anoche?

—Ni idea, sólo recuerdo que el francés cantó La Meteorita hasta mil novecientos cuatro-veinte-diez.

Querido Stevenson, he descubierto algo:

El sol  
La luna  
La estrella  
El músico  
El violoncello  
El bandolón  
El arpa  
El soldado  
La bota  
La bandera  
El tambor  
La mano  
La botella  
El borracho  
La dama  
El corazón  
El catrín  
La rosa  
La maceta

El valiente  
El mundo  
El diablo  
La muerte

De todos los juegos de mesa, la Lotería es el único que tiene resuelta su propia existencia. Es autosustentable.

## Stevenson

Semanas después de regresar de Maruata, recibí un correo de Asdrúbal. Me decía que le había sorprendido que no tuviera una sola falta de ortografía en mi primer mensaje.

Me ofendió su halago.

Me contaba también que el francés había viajado con ellos a Torreón y me pedía que le compartiera los textos que le había leído a Quique en la fogata. “Tal vez no lo notaste, pero estaba cerca y alcancé a escuchar que leías las cartas de Stevenson, me encantaría que me las enviaras”.

Mientras leía el correo, me daba cuenta de que la imagen de Asdrúbal estaba completamente

desdibujada en mi memoria. Busqué las fotografías de mi viaje y no tenía una sola de él; de Quique sí, de doña Amparo, de los machines, pero ninguna de Asdrúbal.

Le respondí un mensaje lleno de emoción, fui por mi libreta y comencé a transcribir en ese correo las cartas de Stevenson.

Su respuesta llegó unos días después. Me agradecía muchísimo las cartas y me preguntaba cómo estaba. Le conté entonces que había estado viviendo el luto de la separación de mis padres, que me había mudado a Xalapa con mi madre y mi hermano y que tenía un blog.

La aventura estaba clara: había comenzado una relación epistolar cibernética con mi propio Stevenson que respondía por *inbox*.

Los correos de Asdrúbal pronto pasaron a ser largos chats. Nos encontrábamos una o dos veces por semana y chatéabamos hasta la madrugada. Hablábamos de los textos de mi blog, de mis primeros días en la facultad de antropología, de jazz, de libros. De él no sabía casi nada, y prefería no preguntar. Era un Stevenson perfecto y no quería arruinarlo sabiendo que tenía una novia en Torreón.

Pasaron los meses y empezamos a compartir todas nuestras lecturas, los discos que escuchábamos, nuestras reflexiones, y pronto empezamos a pensar en lo mismo, incluso a disimular las diferencias. Creamos un lazo que nos hacía conocernos profundamente, pero poco o nada sabíamos de nuestras familias, de nuestros trabajos o de nuestros amigos. Podíamos compartir un disco de Bill Evans, que ambos escuchábamos al mismo tiempo, él en su casa en Torreón y yo en la mía en Xalapa, pero ignoraba si sus padres estaban juntos o separados o si tenía más hermanos que ese comunicólogo arrogante que conocí en la playa. Me contaba a veces de su abuela, como yo le contaba de Marielena, pero nada más. No me parecía importante conocer a ese otro Asdrúbal ni a Asdrúbal le parecía importante conocer esa otra Lucía. Así como éramos, éramos perfectos.

*Querido viajero,*

*En este momento leo El mago de Viena, del multihomenajeado Premio Cervantes, Sergio Pitol, y con eso de que vive en Xalapa y es mi vecino, conocer su trabajo se ha vuelto una demanda. Como si la*

cercanía geográfica me obligara a intimar con su obra. El primer texto se llama “El Mono Mimético” y dice, a grandes rasgos, que en un texto de Alfonso Reyes había una instrucción de Robert Louis Stevenson (mi Stevenson) que consistía en un ejercicio de imitación: “el futuro escritor debía transformarse en un simio con alta capacidad de imitación, debía leer a sus autores preferidos con atención más cercana a la tenacidad que al deleite, más afín a la actividad del detective que al placer del esteta.” Pitol cuenta que el ejercicio de Stevenson estaba en su Carta a un joven que desea ser artista. Y él lo descubrió por Reyes, y yo por Pitol. (Y, si es el caso, tú lo descubres ahora por mí. Y si lo cuentas a alguien más ese alguien...) ¿Qué sucede? Descubrir a Stevenson con tal consejo me ha animado a hacer mi ejercicio de mimetización. Lo veo desde el cristal de la pecera, como él vio al axolotl. Y es que sus letras, desde el comienzo “me decían de la presencia de una vida diferente, de otra manera de mirar”, como dice él de los ojos del axolotl en el cuento. Una vez logrado el ejercicio de imitación viene el desprendimiento del imitador: cuando el nuevo escritor adquiere su propio estilo. Si no se logra, estás muerto. Freud decía “cuando dos personas piensan



*siempre lo mismo, una de ellas está pensando por ambos”. Pitol siguió a Borges y a Faulkner. Borges siguió a Giovanni Papini, aunque Papini ya no sea tan prestigiado ni siquiera en Italia. Hoy asistí a una exposición de fotografía y recordé de nuevo la analogía del cuento y el box y el jazz. Y te recordé a ti. ¿Cómo habría visto él esas fotografías? ¿Cómo las habrías visto tú. Si me mimetizo con él, ¿seré más alta?*

Fantaseaba con verlo, ¿habría química entre nosotros? No la hubo en Maruata, no recordaba su cara ni su cuerpo, pero en mis textos muchas veces lo besé, lo abracé debajo de mi edredón azul y me hizo el amor no sé cuántas madrugadas. A sus veintitrés años, Asdrúbal era mi Stevenson perfecto que vivía ideal e intocable en una casa en Torreón.

Una tarde, cuando estaba en la Ciudad de México visitando a Ale, mi amiga bailarina, le escribí un SMS desde una cantina del Centro Histórico, “El Nivel” se llamaba, y era una de las centenarias cantinas que todavía estaban en pie en la calle Moneda. Recibí respuesta un par de horas después, cuando ya estaba en la colonia Narvarte visitando a otros amigos.

Me llamó alrededor de las seis de la tarde:

—¡Lucía, preciosa! Yo también estoy en la Ciudad —me dijo sin disimular su emoción. ¿En dónde estás?

Le dije que estaba en casa de unos amigos.

—Estoy exactamente en Dr. Vértiz y San Borja.

—Yo estoy a pocas cuadras de ahí —respondió.

La Ciudad de México tan grande y Asdrúbal estaba a unos cuantos metros de mí.

—Ven, Lucy bonita —me dijo.

Y fui.

Cuando abrió la puerta, ese Asdrúbal me pareció un desconocido. Era más alto de lo que recordaba, tenía el cabello muy corto y delgado y sus ojos eran pequeños. Dibujó una gran sonrisa. A mí me sudaban las manos.

El departamento era de Aldo, un amigo suyo, y estaban de visita unos chicos extranjeros. Todos teníamos venititrés o veinticuatro años. Ron, whisky, agua mineral y coca colas. Jugaban algo que se llamaba Mafia que yo nunca entendí, pero a ellos los hacía reír mucho. Los tragos se servían uno tras otro, la música sonaba alto.

Al parecer nadie sabía quién era yo, “la amiga de Asdru”, y a mí ese anonimato me venía bien. Cuando el juego terminó salí con Asdúbal a la azotea. Caminamos entre tinacos y ropa tendida y en silencio nos sentamos a ver las luces de la ciudad y a escuchar los sonidos de la calle. Me preguntó algunas dudas más bien técnicas de nuestros mensajes que yo respondí con datos duros: fue hace un año/ es azul / el album se llama *Portrait in Jazz* / Gómez es un gato no un perro.

Me dijo que estaba en Texcoco de vacaciones, en esa ciudad había crecido, y me dijo que lo visitara, que quería presentarme a su madre, a sus amigos, que visitara el jardicinto del que tanto me había hablado y que probara esos pulques de los portales “que estaban a todísima madre”. Le dije que en esa ocasión no podría, regresaba a Xalapa al día siguiente, pero prometí hacerlo en otro momento.

Cuando regresamos a la casa, jugaban otra cosa que tampoco entendí, pero todos reían. Bebimos más, mucho más. Llamé a mi amiga bailarina para avisarle que llegaría tarde a su casa, los extranjeros y el anfitrión se preparaban para salir a un antro. Miré a Asdrúbal, no me apetecía ir a un antro y a él tampoco, así que despedimos a los amigos y nos quedamos solos en casa.

Estábamos tirados en la alfombra, uno junto al otro, recordando Maruata.

—Qué buen viaje tuvimos, ¿no? —Dijo Asdru con su acento norteño que me fascinaba.

Nuestras manos se tocaron y empezamos a jugar con nuestros dedos.

—Sí, ¿no piensan volver este verano? —le pregunté.

—No creo, está muy lejos —y sonrió con una sonrisa que enseñaba todos sus dientes.

Se apoyó en la alfombra sobre su brazo, en una posición donde podía mirarme fijamente y, sin dudar, me pidió que le leyera las notas de mi libreta azul.

Le leí lo que había escrito ese mismo día en El Nivel, un texto breve con una descripción de la tragedia que viví con un borracho enamorado de mí; él reía a carcajadas.

Pasé las páginas buscando qué más leerle.

—¿Y ese texto? ¿Es un haiku? —Me preguntó deteniendo con su dedo la página.

—¿Un haiku?

—¿No sabes qué es? Es la estructura japonesa para hacer mini poemas. Son tres versos, de cinco, siete y cinco sílabas.

—Oh, qué buena idea, cinco, siete y cinco sílabas...

— “Hay pocas cosas / tan ensordecedoras / como el silencio”. Es de Benedetti.

Repetí mentalmente para contar las sílabas. Hay pocas cosas tan ensordecedoras como el silencio.

Sentí que me había regalado un juguete.

Nos besamos, nos desvestimos camino a la habitación y empezamos un largo recorrido de caricias. Nos conocíamos o tal vez nos reconocíamos.

Dormimos abrazados después del amor y, cuando desperté, la luz del día empezaba a iluminar la habitación. Miré a Asdru un minuto, inmóvil y desnudo, descubrí que tenía el pecho lampiño y los hombros fuertes. Le acaricié la cabeza y él sonrió con los ojos cerrados.

—Me voy, Stevenson —le dije en voz baja, y le di un beso en el hombro.

PLAY: LA FLOR DE LA MAÑANA,  
PRESUNTOS IMPLICADOS

En el camino de regreso a Xalapa, llené hojas enteras de versos de cinco-siete-cinco.

Escribo haikus  
Como esos que resuelven  
un crucigrama

## **De la libreta azul**

### **Cantina “El Nivel”**

Estoy en la Ciudad de México, en la cantina más vieja del centro, me dicen. "Cantina El Nivel fundada en 1855" reza el tapete de bienvenida. La barra está llena y todos me observan, tal vez se pregunten qué hago aquí, tal vez no. Soy la única mujer sola en el lugar y tengo veinte años. Ordeno una cerveza. El mesero llega con mi bebida y trae además un plato con cacahuates. Armo mi trinchera con la libreta y la pluma. Para el nerviosismo la cerveza ayuda, la trinchera también.

Los observo a todos y me doy cuenta de que cometí un error de procedimiento: debí quedarme de pie en la barra y en este momento ya estaría platicando con el cantinero. Pero afuera llueve y mis pies están cansados, las calles de esta ciudad son tan grandes; no me vienen mal la silla y la mesa. ¿Cuál es

el procedimiento correcto en una cantina? Uno llega, ¿observa a su alrededor o solo camina a sin mirar hasta encontrar una mesa vacía? Siento que haberlos mirado a todos fue un error. ¿Qué debí hacer? Lo que hice: Abrí las puertas, me asomé y de un paso entré, eché un vistazo buscando un lugar dónde sentarme (todas las miradas fijadas en mí) y como no había bancos en la barra elegí esta mesa, junto a la puerta, al lado derecho de la barra.

Entonces mi corazón empezó a latir muy rápido.

Es la primera vez que estoy sola en una cantina. No me gusta cómo huele, un poco agrio, un poco a viejo. Y honestamente me animé a entrar protegida por mi aura de turista; esperanzada de que surgiera en los borrachos esa compasión que se siente cuando vemos que un turista está actuando de manera incorrecta ante una situación. Suena música de mariachi,



ahora un bolero: “Cuando te hablen de amor, y de ilusiones...” Las paredes están cubiertas de azulejos color verde, más arriba hay un espejo y arriba del espejo hay fotos y recortes de periódicos enmarcados. Quiero acercarme a leer, a verlo todo, pero noto que el señor de la esquina no ha dejado de mirarme desde que entré y prefiero permanecer segura detrás de la libreta y la cerveza. “Si al menos ese señor me pagara las cervezas” (¡lo agradecería tanto!) y pienso en ese gesto tratando de evocar los tiempos de mi abuela, cuando los hombres se vestían elegantes y llegaban misteriosos a las cantinas a beber por amores perdidos. Así al pedir mi cuenta “ya está pagado señorita”, y al levantarme de la mesa miraría con una sonrisa a tan coqueto caballero. Tal vez hasta me sonrojaría.

El señor de la esquina se acerca. Me sudan las manos, me salta el pecho. Desde la puerta me saluda: “se ve muy linda escribiendo” y con una caravana se

despide, “hasta luego, damita”. Le sonrío nerviosa.

No pagó mi cuenta.

Pido una cajetilla de cigarros y el mesero la lleva a mi mesa acompañada de un paquete de cerillos del Hotel-Motel Rey Poeta, “a 300 metros de la cabeza de Juárez”. El mesero usa moño, camisa blanca y mandil. ¿setenta años? Levanto la vista de mi libreta para agradecerle y noto que la barra está casi llena con señores que recargan un pie en el tubo de metal que está fijo en el piso. Qué curioso que beban de pie.

La lluvia arrecia, algunas gotas entran por la puerta y salpican el enorme tapete de plástico: Cantina “El Nivel” Fundada en 1855. Mis botas están mojadas. Ojalá puedan secarse por la noche. Las nubes truenan y escucho un gritillo de susto de otra mujer que está en el lugar. Me inclino un poco hacia

adelante para verificarlo y la observo bajo el brazo de un hombre de corbata y traje azul. Ella viste un suéter anaranjado con ese cuello amplio que estuvo de moda en los años ochenta y que hace que un hombro se asome. Se acomoda la melena. El hombre la halaga y la mujer vuelve a dar un pequeño grito cuando el cielo truena.

No comprendo por qué la gente se asusta cuando hay truenos. Cuando era niña, las pocas noches que llovía en San Miguel de Allende, mi padre nos sacaba de la cama a mi hermano menor y a mí y nos llevaba a la terraza a ver la lluvia. Nos explicaba el fenómeno meteorológico, aburridísimo, pero luego nos contaba historias de regimientos de nubes con cañones que explotaban y nos encantaba. Hablaba mucho. Se emocionaba cuando el cielo tronaba, e imitaba el sonido, truuuuuaaaaa. Mi hermano y yo reíamos todo el tiempo.

Las cervezas empiezan a hacer efecto. “Debí pedir sólo una”. En fin, ya va una y media. Busco al mesero, está lejos atendiendo a otra mesa. Al fin me mira y hago la seña que indica que quiero la cuenta. Observo ahora el filo de la puerta que ya escurre como una cortina de agua y sigo recordando esas noches de lluvia con mi padre. Me habría encantado beber con él en esa cantina. ¿Dónde está mi padre ahora? ¿Quién es mi padre ahora? Me acuerdo que mi momento favorito de esas noches era cuando me mojaba la lluvia: me acercaba al final del techo de teja y mi papá dejaba que me mojara las manos (era tan tarde que no existía la posibilidad de mojarme completa: “luego no se te seca el pelo” me decía mi madre y yo solo quería ser calva). Pero muchas veces el agua que chapoteaba en la alberca de mis palmas me mojaba la cara y eso me bastaba. No importaba si eran las doce de la noche o las dos de la madrugada —mi padre solía

llegar ebrio a esa hora— si llovía, él corría a despertarnos.

A punto de salir de la cantina, percibo de nuevo las miradas de todos en mí. "Hasta luego" digo sonriente en la puerta y de frente a la barra, y el coro de caballeros me canta de despedida: "hasta luego, señorita".

Afuera sigue lloviendo.

# Messenger

## El sueño de Lucía

Después de ese encuentro en la Narvarte, los mensajes entre Asdru y yo se volvieron el eje de nuestras vidas. ¿Qué otra cosa había? Mi buzón vivo, mi Stevenson perfecto. Apenas salía de la facultad, corría a la computadora a abrir el Messenger y, casi siempre, había un mensaje esperándome.

Asdrubal says: está lloviendo

Asdrubal says: hoy salí a las 6 y media de la mañana

Asdrubal says: estábamos a menos 8 grados

Asdrubal says: hoy es mi primer día triste aquí

Asdrubal says: y no por el clima

Asdrubal says: me quedo hoy en casa ¿estás por aquí?

Lucy in the sky says: Sí, llegando, espera, no te vayas  
Asdrubal says: ya me consolé tantito con una  
comidita que me preparé  
Asdrubal says: me tomo ahora un té de cereza  
Asdrubal says: me haré un petardito  
Asdrubal says: y a ver una peli acurrucado  
Asdrubal says: ahora escucho a José Larralde  
Asdrubal says: este fin me quedo en casa  
Asdrubal says: me voy a dar un tiempo que quiero  
Asdrubal says: para escribirte  
Asdrubal says: me haría bien un abrazo  
Asdrubal says: que durara toda la noche hasta la  
mañana  
Lucy in the sky says: no te vayas  
Lucy in the sky says: espérame un minuto, estoy  
llegando a casa  
Lucy in the sky says: te quiero abrazar  
Asdrubal says: voy a lavarme la cara y regreso  
Lucy in the sky says: ¿estás?  
Asdrubal says: listo  
Lucy in the sky says: ay, viajero, invítame a tomar un  
té contigo, yo también estoy triste  
Asdrubal says: ven  
Asdrubal says: ¿por qué estás triste?

Lucy in the sky says:

Porque estoy creciendo. Y pienso en el efecto mariposa y en las consecuencias de lo que hago y en cuánto tiempo llegarán esas consecuencias. Y cuando lleguen ¿sabré identificar que eso que vivo es consecuencia de “ese momento” preciso del pasado?

Lucy in the sky says: en fin, luego hablamos de eso, es una clavidez

Lucy in the sky says: o no hablamos y ya, jajaja.

Asdrubal says: deberíamos hablar por skype pronto

Lucy in the sky says: sí

Asdrubal says: hoy tuve mal día en la universidad, una calificación que no entendí. En fin, ahora estoy aquí con la lluvia y Larralde

Asdrubal says: su guitarra es más nostálgica que la lluvia

Asdrubal says: ¿lo has escuchado?

Lucy in the sky says: no, pero lo escucharé.

Asdrubal says: es uno de los músicos que más le gustaban a mi papá y a mi tía Clara

Lucy in the sky says: tu tía Clara



Lucy in the sky says: de pronto siento a la gente de la que me hablas como personajes de una novela.

Lamento que tuvieras un mal día.

Lucy in the sky says: ¿te cuento un sueño muy raro que tuve anoche?

Asdrubal says: sí

Lucy in the sky says: yo era un hombre, un campesino

Asdrubal says: me encantan tus sueños

Asdrubal says: ¡Un campesino! jajajajaja

Lucy in the sky says: y estaba en una granja

Lucy in the sky says: una granja pobre y polvorienta y había un corral con vacas

Lucy in the sky says: y un granero con tablas viejas y oscuras

Lucy in the sky says: había una persona conmigo, otro campesino, que seguramente era mi amigo

Lucy in the sky says: y estábamos tratando de atrapar a una aves de paja

Lucy in the sky says: eran como avestruces, pero eran de paja

Asdrubal says: jajajajaja

Asdrubal says: !!

Lucy in the sky says: como esos renos de ramas atadas que venden en las carreteras, ¿los has visto?

Asdrubal says: sí, sí

Lucy in the sky says: exactamente como esos

Lucy in the sky says: y eran altos y tenían las patas largas y los ojos muy negros, como los ojos de los aliens

Lucy in the sky says: y yo pensaba que no eran normales, que eran aves muy raras y empezaba a observarlos con atención

Lucy in the sky says: le decía a "mi amigo" que tuviera cuidado, que no se acercara

Asdrubal says: ajá

Lucy in the sky says: y entonces me daba cuenta que eran un disfraz

Lucy in the sky says: y que eran enanos los que "manejaban" esas aves de paja

Asdrubal says: ¿queeee?

Lucy in the sky says: un enano con un disfraz de avestruz de paja

Lucy in the sky says: De pronto "mi amigo" y yo estábamos en una cantina

Lucy in the sky says: en un pueblo viejo y feo

Asdrubal says: qué rico

Asdrubal says: Luvina

Lucy in the sky says: y entonces entrábamos y había varias mujeres

Lucy in the sky says: y una de ellas empezaba a seducirme

Lucy in the sky says: y yo recuerdo que la desnudaba ahí mismo, en una ventana

Asdrubal says: claro, eras un hombre

Lucy in the sky says: sí, sí

Lucy in the sky says: pero solo la veía

Lucy in the sky says: como si por primera vez la viera

Lucy in the sky says: y era yo

Lucy in the sky says: su cuerpo era idéntico al mío

Asdrubal says: ¿¿queeeeeeeeeee??

Lucy in the sky says: sí

Lucy in the sky says: rarísimo

Asdrubal says: ¡qué chingón!

Lucy in the sky says: yo era un hombre pero también era esa mujer de la cantina y me desnudaba a mí misma

Lucy in the sky says: y me reconocía a mí misma en un hombre y en ella. Era yo dos veces.

Lucy in the sky says: tengo las imágenes muy claras en mi cabeza

Asdrubal says: claro

Asdrubal says: así se quedan

Lucy in the sky says: y mira, ahora que te lo cuento  
me quedo pensativa

Lucy in the sky says: solo pasó eso, me vi desnuda

Lucy in the sky says: muy desnuda

Lucy in the sky says: en una ventana

Asdrubal says: qué lindo

Lucy in the sky says: y tenía el pelo largo

Lucy in the sky says: tal vez es un sueño del futuro,  
en el que puedo ser dos veces al mismo tiempo.

Asdrubal says: jajaja

Asdrubal says: que bueno que te acuerdes tanto

Lucy in the sky says: sí, fue un sueño muy largo.

Siempre son así.

# Messenger

## Asdru solitario

Asdrubal says: “Entre las muchas maneras de combatir la nada, una de las mejores es sacar fotografías, actividad que debería enseñarse tempranamente a los niños, pues exige disciplina, educación estética, buen ojo y dedos seguros.”

Asdrubal says: “Ahora mismo (qué palabra, ahora, qué estúpida mentira) podía quedarme sentado en el pretil sobre el río, mirando pasar las pinazas negras y rojas, sin que se me ocurriera pensar fotográficamente las escenas, nada más que dejándome ir en el dejarse ir de las cosas, corriendo inmóvil con el tiempo”.

Asdrubal says: ¿sabes de quién es?

Asdrubal says: tengo que leer textos de la escuela

Asdrubal says: te quisiera invitar a leer conmigo, a estar aquí tirados en estos cojines, a fumar, a tomar té, a darnos flojera para levantarnos al baño, a salir con poca ropa y sentir el frío, a ver la luna, la luna que es la más linda del año hoy que está llena y que al rato, cuando salga allá, tienes que ver por mucho rato.

Asdrubal says: y respirar hondo mientras la miras

Asdrubal says: aislar todo

Asdrubal says: pensar que todo va bien

Asdrubal says: y que irá mejor

Asdrubal says: y sentir emoción porque eres una persona preciosa, impresionante

Asdrubal says: y que sepas que hace un rato, saliendo de clases, alguien buscó tu reflejo en la misma luna que estarás viendo.

Asdrubal says: Lucía, te quiero

Asdrubal says: te mando un abrazo

Asdrubal says: ciao

# El Silencio

Asdru y yo volvimos a vernos el verano siguiente en Texcoco.

Y el verano siguiente en Mazatlán.

Pero el verano que enfermó mi abuela, sin ambos preverlo, yo estaba en San Miguel de Allende y él también. Visitaba la ciudad con una irlandesa con la que tenía un romance.

Tonta. Nunca lo imaginé.

Cuando supimos que ambos estábamos en el pueblo, quedamos de vernos en Mama Mía para escuchar a Pilaseca, una banda de *funk* que nos gustaba y que en ese momento parecía que iba a ser famosa.

Pero mi Stevenson estaba con una novia. Una novia muy guapa y muy extranjera que yo no había considerado en nuestro encuentro.

Hasta que llegamos al bar lo entendí todo, pasé horas de tortura viéndolos juntos, abrazados, besándose.

Tonta, tonta mil veces.

Era la primera vez que mi Asdrúbal perfecto no lo era.

Estaba triste y no entendía nada.

A la mañana siguiente todavía tuve la osadía de acompañarlos al Jardín Botánico. Sabía que a Asdrúbal le iba a encantar, pero para mí fue una tortura innecesaria. ¿Para qué me hice eso?

Cuando al fin nos despedimos en San Miguel pasamos varios días de silencio. Sin mensajes, sin correos. Estaba enojada ¡Qué estupidez haber salido con ellos! ¡Cómo no se me ocurrió que estuvieran juntos, carajo!

Le escribí, al fin, una semana después para invitarlo a un recital de piano en la Ciudad de México, un pretexto cualquiera para verlo y hablar con él otra vez. Era verano, vacaciones! nuestra única oportunidad en el año de vernos, de salir, de platicar. Pero su respuesta fue totalmente inesperada. Estaba



furioso porque había leído en mi blog su historia en San Miguel con su novia Dee; porque le cambié el nombre —con ganas de olvidarlo para siempre— porque escribí que era francesa en lugar de irlandesa —aunque fue solo para darle más categoría— y porque al final de mi texto les deseaba mal viaje. Me insultó, me llamó hipócrita, me dijo que maldecía el día que me había conocido y esperaba no verme nunca más.

¡Pues qué pensaba! ¿Que escribiría su historia de amor? Era yo una escritora con el corazón roto. Y tenía un blog.

Lloré toda la noche. No merecía ese correo, no merecía a ese Asdrúbal. Escribí largo rato en mi Querido Qwerty, pero solo para sacar de mí ese dolor inexplicable de un amor que no era, de un Asdrúbal que nunca había tenido, y entonces decidí que sí quería olvidarlo para siempre.

Adiós Messenger, usuario bloqueado.

(Así de fácil se acababan las relaciones en línea en la era prefesbuquiana)

Pero nuestro proceso de olvido no fue justo. Yo seguía escribiendo mi blog y él podía saber de mí a

través de lo que escribía y que, muchas veces, quizá más de lo que merecía yo misma, seguía siendo para él. En cambio, de él yo no sabía nada. Un comentario de vez en cuando, un guiño casi imperceptible. Sabía que Asdrúbal mantenía nuestro lazo en la distancia, y él sabía que Lucía mantenía nuestro lazo en la distancia (podía ver en las estadísticas del blog que se conectaba desde Torreón siempre que había un texto nuevo).

Pero ya no era igual. Nos habíamos lastimado.

Ambos empezamos a ser adultos y a estar muy ocupados.

Nos graduamos de la universidad.

Empezamos a trabajar y a vivir solos.

A ganar dinero y a ser exitosos.

Asdrúbal se fue a Madrid a estudiar una maestría.

Yo me mudé a Monterrey a trabajar con una organización social.

PLAY: NAO VALE A PENA  
MARÍA RITA

**Monterrey NL, 3 mayo 2009**

**Querido Qwerty,**

Los oídos tienen memoria, claro, las manos, el cuerpo, la nariz. Pero la memoria de los oídos, sin duda, me gusta más que las otras.

Memoria, dice la RAE es el conjunto de imágenes y situaciones que perduran en la mente. Pero ¿y los sonidos? No son situaciones, tampoco son imágenes. Está claro que al ver algo o al pensar en algo, fácilmente se lo recuerda, pero al escuchar algo, hay que prestar más atención para fijarlo en la memoria y, si el sonido es fugaz, se necesita cierta habilidad para retenerlo y entonces grabarlo para siempre.

El estómago tiene su sonido, el *guru guru* que suena cuando tenemos hambre, el *tum tum* del corazón. Son sonidos del cuerpo, y el cuerpo los recuerda y los graba y reconoce su propio *tum tum* como único cuando pega la oreja en el pecho de otro, y también su *guru guru* único cuando en la silla de al lado suena el estómago de alguien más.

Todas las cosas tienen sus sonidos únicos. Las noches

del campo suenan a grillos, el otoño suena a árboles con viento. Las bicicletas suenan a bicicletas.

Hace algunos años vi una película que se llama *Temporada de patos*. No recuerdo de qué trata, olvido fácilmente las historias que no me atrapan porque pienso que llenarán un espacio en mi memoria que bien podría ocupar el recuerdo de otra historia que sí quiera recordar. Pero *Temporada de patos* no la olvido, y sólo por esta razón: fue la primera película que vi que atrapó los sonidos de un departamento en la Ciudad de México y los presentó, con la importancia de un personaje, durante toda la cinta —¿la cinta? Era un DVD, eso ya no es una cinta—: el susurro de la televisión del vecino, el refrigerador haciendo ese chasquido que sigue de un sordo y largo tiiiiiiiiii, la sirena de una ambulancia lejana, la alarma del auto del estacionamiento (tuuup-tuuup-tuuup, wiu-wiu-wiu-wiu, tuuu-ruuu, tuuu-ruuu) el rechinido de las puertas, el sonido del inodoro al jalar la palanca, los pasos en el techo.

Me gustó sólo por eso. Y no recuerdo nada más.

Estaba acostada en la cama hace un momento, pretendiendo leer un librito de cuentos de Carver,

cuando de pronto escuché que el bar de enfrente encendió la música y, como acostumbrada estoy al sonido del refrigerador, al de la ambulancia en la avenida y al de mi estómago hambriento, reconocí ese sonido como uno de los únicos de esta habitación. Comencé a pensar en todos los sonidos que estaban vivos en ese momento, todavía con el libro en las manos, pero además de la música de ese bar maldito, sólo distinguí el murmullo de los autos que pasaban sobre la avenida, haciendo más ruido de lo usual porque el asfalto estaba mojado.

En este edificio hay ruidos todo el día y toda la noche. Un poco más tarde, está esa banda en vivo que toca *covers* de las canciones de moda y luego un grupo cubano; los autos que arrancan del estacionamiento de atrás; las alarmas; el coro de los clientes del bar. Y por las mañanas son las voces en la calle, las mil puertas que se abren y cierran, la cafetera, la caminadora... Todo antes de las nueve de la mañana.

Es el *guru guru* de esta casa, el *tum tum*.

Al principio me costó un poco ceder a ese caos y me irritaba con facilidad. Pero al fin, con el tiempo, el ruido pasó a ese plano secundario y ahora casi no me

molesta, aunque a veces, todavía, me despierta “Pedro Navajas” en la madrugada y no me queda más que esperar a que la banda termine de tocar y confiar que el sueño me vencerá de nuevo.

Me gusta el silencio. De los sonidos, si acaso el silencio es uno, lo prefiero sobre todos –y ahora advierto que esto mismo le sucede a la gente que le gusta el *color* negro, cuando el negro es precisamente la ausencia de color. Recuerdo bien que en Mazatlán, hace un par de años, le pregunté a Asdrúbal “si no fueras humano ¿qué te gustaría ser?” pero él se quedó callado un momento y yo me enojé porque pensé que me ignoraba. Pasó todo un día, ¡un día entero! y finalmente, riendo, me dijo que hubiera querido ser silencio. ¿Pero es que el silencio es algo?

Este verano serán dos años desde que Asdrúbal se fue. (Me fui, nos fuimos).

¿Finalmente su deseo se cumplió? Pienso a menudo en mi abuela, en su memoria frágil, en su vida sin ella y en todas las historias le conté a Asdrúbal. ¿Volverá a recordarse Marielena? ¿Algún día mi abuela volverá a habitarse a sí misma?

No voy a extrañar el ruido de esta casa. Y a pesar de que mi experiencia sonora aquí no es la mejor, por fortuna, tengo muchos de esos momentos donde hay también otros sonidos, que son más bien íntimos y hermosos, y que me llenan de paz: la cuchara girando en la taza; mi respiración cuando escribo; la risa de mi madre en el speaker del teléfono, contándome de las tías; el golpeteo de las teclas de mi laptop, que me hace pensar en los pasos de un escarabajo por un camino de lata; el sonido del papel al dar la vuelta a la página; el fru fru de las almohadas, y esas respiraciones, agitadas y ajenas, que alguna vez llegaron a unirse a la sinfonía de refrigeradores y avenidas, antes de que la banda de enfrente empezara a tocar.

Siempre he querido que alguien invente audífonos de silencio y que mientras más alto sea el volumen, se escuche más silencio.

No me importaría pagar una fortuna por ellos.

No podría perderme la oportunidad de dejar al mundo entero en *mute*.

PLAY: SAMBA EM PRELUDIO  
ESPERANZA SPALDING

**Monterrey, NL. A 12 de julio de 2009**

**Querido Qwerty,**

Son las 11:40 pm. Se escucha la banda en vivo del bar de enfrente. Hoy toca un grupo cubano. Es bueno, aunque me recuerda a La Habana y, en el recuerdo, el gentilicio le queda grande.

Te he pensado todo el día. Me siento como esos enfermos a los que el médico les prohíbe comer tal y cual y de pronto la dieta pasa y lo único que hacen es comer hasta el hartazgo el alimento prohibido.

Hoy recordé a qué sabía pensarte. Rescaté tus mensajes y los dejé reposar dentro de la taza de té, con un poco de miel y un poco de mí. Me bebí tus fotos. Me gusta que en la carpeta de tus fotos puedo verte cuando quiera. Y llegué contigo, a tu sofá y a tu edredón de hilos negros que ya no sé si es el mismo todavía. A veces lo imagino rojo. Mi cama sigue siendo azul.

Pienso todavía en ese día que no tuvimos en tu viaje a Ámsterdam, que tú me describiste con gran detalle, con menú, con concierto, con petardito caminando por los canales. Pensamientos manjar, pensamientos hiel.



Aunque usara todas las palabras, las más precisas, las más claras, sólo puedo traducir esta necesidad de ti con el piano de Bill Evans. Es difícil escuchar *Minha*, que es tuya, aún con el volumen alto, y los audífonos. Cambiaré a esa versión de Estrella Morente y Niño Josele, para cantarla.

He vuelto. Hace un momento bailaba con la banda cubana. Descalza y desnuda, al pie de la cama, esperando que el calor y el cansancio me tiraran de nuevo en las sábanas, pero no. Abrí la computadora y empecé a pintarle letras a este lienzo de luz.

Ahora es la 1:20 am y no he logrado dormir. La banda del bar está cerrando su segundo set con Polo Montañez, *porque yo en el amor, soy un idiota, que ha sufrido mil derrotas que no tengo fuerzas para defenderme*. ¿Subieron el volumen?

He dejado de describir (para qué si ya no tengo tus ojos). Ahora cuento. Estoy escribiendo cuentos cortos; historias que me platican mis vecinos anticuarios de Javier Mina. Me gusta, pero me cuesta trabajo, ahora escribo tantos informes institucionales que me estoy acartonando. En fin, que aquí estoy viendo el camino abandonado y quiero esforzarme, dejar que mis dedos

brinquen en el teclado mientras imagino que vienes, como hacías antes, por la ventana, como Peter Pan. Porque si escribo estás en mi habitación, y entonces me abrazas por la espalda y hundes tu nariz en mi pelo, que ahora uso corto y muy chino, y escribo para que te quedes ahí, como un gato, acariciando mi cabeza, besando mi cuello y esa parte de mi oreja que se siente como terciopelo.

**Para: lucyinthesky@**

**De asdrubaloe@**

**12 de julio de 2009. 09:27 PM**

Te digo dos palabras que requieren todos tus oídos volcados en una trompeta. Con su sonido quiero decirte "te extraño". Así como te lo diría si estuvieras al lado y pudiera verte a los ojos y, como estas palabras requieren expresarse bien, no me saldrían palabras sino estos sonidos: el que dice "te" en el segundo 17 y se estira húmedo hasta el segundo dieciocho del primer minuto; y "extraño" al nacer el segundo veintinueve del minuto tres que finaliza con este punto de aquí.

Estuvo muy gris el día, un cielo cerrado, encogido sobre sí mismo, y aún sigue lloviendo y me fascina, porque estoy contigo en la memoria.

Lucía.

Lucía.

Te abrazo.

Asdrúbal

PLAY: ALONE TOGETHER, CHET BAKER

**Para: asdrubaloe@**

**De: lucyinthesky@**

**29 de julio de 2009. 10:45 AM**

Casi no reviso esta cuenta de correo, solo recibo *spam*, así que encontrar tu mensaje fue como si lo hubiera rescatado de un bote de basura, flaco y abandonado.

Quizá algo sabía Hotmail porque cuando abrí tu mensaje me apareció esta leyenda, enmarcada en rojo: *“This message has been blocked for your safety”*. Me reí, y seguro te estás riendo también.

No te diré mucho porque cuando las cosas tienen tantas coincidencias caen en lo inverosímil. Pero el mismo día que enviaste ese correo escribí una carta para ti en mi Querido Qwerty; y no supiste nada de nada. A lo mejor sentiste. Siempre he creído que las personas se llaman cuando se piensan, así que esto es lo mismo de siempre: solo queremos un pretexto para pensarnos menos solos en este mundo de-pocas-abejas que no nos cabe y que por eso compartimos.

Te envío un atardecer que guardé para ti hace tiempo; si lo sigo guardando adentro de mí, tendré que salirme de mí misma.

Gracias por Chet. Te abrazo también.

PLAY: EVERYTHING HAPPENS TO ME  
SOLO ALBUM. BILL EVANS

# Ciudad de México

¡Adiós Monterrey! El contrato de la casa que rentaba se venció al mismo tiempo que la Secretaría de Educación hizo público el contrato con la organización para trabajar a nivel federal. Fue un gran gesto de la vida.

—Me gustaría que tú fueras a la Ciudad de México a abrir la nueva oficina —me dijo mi jefe y me miró con complicidad. —Tenemos que estar allá en un mes, así que delega tus proyectos de aquí y puedes tomarte unos días libres para organizar la mudanza.

Me sentí la más afortunada. Desde el principio sentí Monterrey como un territorio de transición, como una sala de espera, como campamento de verano. Y así como las salas de espera y los campamentos de verano, me urgía que terminara la estancia.

El momento era perfecto. No había ningún asunto pendiente ni con la casa, ni con la ciudad. Un romance pasajero con Bruno, inofensivo y, si acaso quedaba algo, era un momento cobarde con Ana, cuando en la cena de despedida me abrazó y por un segundo dejó su mejilla pegada a la mía y sentí cómo mis labios buscaron los suyos.

Monterrey era asunto cerrado.

Me mudé un mes después a la Ciudad de México, y mi colega Adriana me recibió en el aeropuerto. Sólo llevaba un par de maletas y era la primera vez en toda mi vida que compartiría una casa con una *roomie*.

Nos habíamos conocido en Monterrey, Adriana y yo, en un congreso de educación, y cuando supo de mi cambio de residencia a la CDMX me invitó a vivir con ella. Tengo una habitación libre, con terraza, te va a encantar. Y así fue. Adriana era psicoterapeuta y usaba ese espacio como consultorio, pero desde que estaba con su fundación tenía cada vez menos tiempo para dar terapias.

El día que llegué fue la primera vez que vi la casa. Era un espacio completo: tenía una sala llena de

libros, una televisión enorme, una terraza y una cocina con todos los instrumentos necesarios para cocinar cualquier cosa. Me gustó desde el primer momento. Mi habitación tenía una entrada exterior, de modo que podía entrar y salir sin necesidad de pasar por la casa. “Tu recámara está pintada de verde”, me dijo Adriana, “porque el Feng Shui así lo recomienda, pero puedes pintarla si quieres”. No quise. Era *esa* habitación con las paredes verdes que estaba en mi sueño.

Tuve dos noticias de bienvenida: la primera, mi abuela estaba mejorando y mi tía María iba a organizar una reunión familiar para celebrar su cumpleaños número noventa y uno. La segunda, un email de Asdrúbal donde me decía que había terminado la maestría y llegaba a vivir a la Ciudad de México el próximo mes.

“Yo ya vivo aquí”. Send.

Y me quedé con los ojos muy abiertos frente al monitor.



# Mujeres Inteligentes

¡Mi niña, cuánto te he extrañado! Me gritó mi abuela en cuanto me vio entrar a la casa de mi tía María y me llenó de besos.

Estaba mejor anímicamente y su memoria parecía fresca. Me preguntó cómo me iba en la Ciudad de México y qué estaba haciendo, y yo le conté de la organización y del nuevo proyecto que estaba coordinando en todo el país. Se emocionó mucho por mí.

—¿Y ya tienes novio? —Me preguntó.

—No —le respondí —¿y tú? —Echó una carcajada que me revivió.

Era *mi abuela* otra vez.

Estaba toda la familia en el jardín de la casa de mi tía María, mi papá con Susana, mis primos, mis tíos, mis sobrinos que no conocía. Me daba gusto que mi abuela festejara su cumpleaños con la familia completa y más gusto sentía al verla tan bien.

Hablamos muy poco durante la comida, hacía calor y parecía cansada así que no quise molestarla mucho. Pregunté si ya le habían dicho que mi abuelo Rafael había muerto pero mi tía María me dijo que no: “y ni se te ocurra mencionarle nada porque apenas lleva unos días de lucidez”.

Me senté junto a ella en la mesa y de vez en cuando soltaba frases que me hacían saber que al fin estaba de regreso. “¿Cómo ves a tu tía Teresa? Mira que ponerse ese vestido a su edad”. Pero estaba cansada. Escuchaba cada vez menos y prefería no participar en la conversación. Era una anciana ensimismada. Le pregunté si estaba cansada y me dijo: “Los años pesan, hijita, y yo ya tengo noventa y uno”.

De pronto sucedió algo inesperado. Entré a la casa al baño y al salir escuché a mi tía María que hablaba con mi tía Teresa. Cuchicheaban en voz baja:

—Mi mamá no puede saber todavía que mi papá está muerto —dijo mi tía Teresa.

—Pero, hermana, no se lo podemos ocultar para siempre.

—Pues lo que sea necesario, ya ves lo que nos dijo el doctor, hay que mantenerla tranquila y descansando. Punto.

—Sí, manita, pero esa confesión de mi papá... Yo creo que es importante que mi mamá lo sepa. La escribió con su puño y letra; fue su última voluntad además dijo que estaba en el testamento de Gudelia!

—No, María. Mi mamá es una vieja y está enferma, ¿la quieres matar de una vez?

—Ay, por dios, Teresa, qué cosas dices.

—Además, si mi papá no le dijo nada, por algo fue.

—¡Lo escribió! No se lo dijo porque no podía. Pero ahí está, te digo, esa carta tiene su puño y letra — interrumpió.

—Ay, hermana, piensa en él también, hay que honrar su memoria y dejar las cosas como están — insistió mi tía Teresa.

—Claro. Para ti es fácil porque tú no vives con ella, ¿qué quieres que le diga cada vez que me pregunta

por mi papá, eh? ¡Se le nota que ya no me cree! Además no sé cuanto tiempo más aguante *yo* mintiéndole. ¿Sabes que ya recordó lo del velorio de Antonio? Me dijo que mi papá le había dado un sobre, que en dónde lo había guardado...

—¿Y qué le dijiste?

—Lo mismo de siempre, que mi papá estaba enfermo, que no le pudo haber dado nada. Pero mi mamá se acuerda, Teresa.

—Bueno, olvida ya eso y mejor trae las velitas para el pastel.

Salieron ambas al jardín y las seguí unos pasos atrás. Mi tía Teresa me miró con sospecha y en su mirada noté que le incomodó mi cercanía. ¿De qué confesión de mi abuelo estaban hablando, y qué era eso del testamento? ¿Estaban creando otro secreto familiar que a nadie le importaba más que a ellas y a su “buena reputación”? Me enojó mucho su conversación. Nunca habían sido claras sobre la historia familiar con nosotros, con mis primos, con sus hijos. ¿De dónde viene este empeño de “guardar apariencias” por el bien de la familia? Qué más da que mi abuelo fuera un donnadie que se abrió la vida solo. Ya sabíamos que

había estudiado hasta tercero de primaria, que apenas sabía leer y escribir, pero que llegó a ser gerente en una agencia de autos en los años cincuenta, cuando eso era un buen puesto. ¡Qué orgullo para mí era saberlo! Y qué vergüenza parecía serlo para ellas. Cuando nos hablaban de mi abuelo a mis primos y a mí, parecía que Rafael había nacido en esa agencia, que no tenía pasado. Ocultaban a como diera lugar que los hermanos de mi abuelo eran de diferentes padres ¡y qué si mi bisabuela era una puta que se había ganado la vida en los barcos de Veracruz! Nadie se atrevía a decirlo, y si acaso alguien mencionaba alguna frase incómoda, la disfrazaban con risitas y eufemismos: “ay, la abuela Gudelia, qué mala suerte tuvo, no le duraban los hombres”.

Pero a mí me gustaba más esa historia de la mujer polizonte, de esa turca brava que había cruzado el Mediterráneo y luego el Atlántico para hacerse una vida nueva en una tierra desconocida. ¿Por qué nadie nos lo contó? Era nuestra bisabuela Gudelia, eso no iba a cambiar. Tuve que atar cabos durante los años, cazar frases y confesiones en las comidas familiares, cuando mis tíos hablaban de Rafael y de su madre turca; y más valía que bebieran y que fuera de noche, porque en la

sobriedad de la mañana volvía la verdad, volvía el secreto y el silencio. Nadie nunca se atrevió a decir que mi bisabuela Gudelia era una turca preciosa, que se puso ese nombre mexicanísimo para reinventarse y que, quizá, esos hombres que no le duraban, fueron su única posibilidad para salvarse la vida. ¿Quién era realmente Gudelia? ¿Y qué nuevo secreto estaban creando mis tías en esa cocina?

Después del pastel y Las Mañanitas, mi abuela entró a descansar a la sala. Mi tía María encendió la televisión y mi abuela se recostó en el sillón. Gritando: “si necesitas algo, mamá, en la cocina está Ramona, sólo toca la campana”. Una campana para llamar a Ramona, qué era eso. “Bueno, te dejo con Lucy” y luego refiriéndose a mí con el mismo volumen, como si las dos fuéramos sordas y retrasadas mentales “si necesitas cualquier cosa ya sabes que Ramona está en la cocina, si quiere ir al baño o ya se quiere ir a dormir solo llama a Ramona y ella la lleva”. Mi abuela me miró con cara de fastidio y una vez que mi tía se fue, apagó la televisión:

—No me dejan en paz, hijita.

Le pregunté otra vez por qué no tenía novio y volvió a reír. Me dijo que ahora que estaba vieja y enferma ya no había ninguna esperanza.

—Tuve mis buenas oportunidades —me dijo —pero por tonta, me quedé sola. Cuando era joven era muy santurrona, luego uno va cambiando de ideas con los años, ya lo verás, y no me dejé tener ni un novio. El único hombre de mi vida fue tu abuelo, él es mi marido ante Dios y eso lo hace el único. Pero ¿sabes qué pienso ahora?, que no sirve de nada hacerse la digna —me lo dijo casi en secreto, como si estuviera diciendo algo prohibido —¡en serio, hijita! Dime de qué me sirvió haber corrido a tu abuelo por la mujer esa, si ahora estoy sola; de qué me sirvió ser fiel a tu abuelo todos estos años. ¡De nada! Y en cambio Carmina, muy *la otra*, pero se quedó con mi marido. Las mujeres tienen que ser inteligentes. El amor de una pareja es con la cabeza. Me decía mi suegra, tu bisabuela Gudelia: “el hombre es tuyo de la puerta para adentro, de la puerta para afuera déjalo”. Lo decía con su vozarrón y con desprecio: “al hombre no se le cuida la bragueta, Marielena”. Pero yo estaba muy escuincla, y me sentía “aquélla” —hizo un ademán de actriz de cine —cómo crees que mi marido iba a tener de amante a su

secretaria; no hijita, yo sentía que valía mucho, yo era una mujer completa ¡le había dado cinco hijos! Y ya ves, por hacerme la digna ahora estoy vieja y sola.

Me preguntó, ahora a mí, por qué no tenía novio.

Le dije cualquier cosa. Y para mi sorpresa, me preguntó por Asdrúbal. Hacía mucho tiempo que le había contado de él y pensé que ya no lo recordaba. “Pero cómo no me voy a acordar, hija, si es tu alma gemela”. Eché a reír, en ese momento Asdrúbal era lo más lejano a un alma gemela. Le dije que acababa de verlo, que ya había terminado su maestría en España y que había regresado a vivir a la Ciudad de México.

—¡Ay, hija, qué bueno! Ahora podrán conocerse mejor...

—Pues sí, pero la Ciudad es muy grande, abuela, y ya sabes, el tráfico y además los dos trabajamos, en fin, no es tan fácil vernos... ¿Te cuento algo bonito que nos pasó? Un fin de semana fui a Puerto Vallarta a visitar a mi amiga Mónica (“ay, tu amiga Moni, tan linda”) y mientras caminaba por el Malecón, vi una pintura de un atardecer y le tomé una foto. Era un cuadro grande lleno de tonos rojos y amarillos con un árbol negro en primer plano. Asdrúbal y yo teníamos



un juego de cazar atardeceres; les tomábamos fotos y luego nos las enviábamos por mail ¿te acuerdas? Creo que ya te lo había contado (“Sí, me acuerdo, él es muy buen fotógrafo, además”). Pues ese cuadro me pareció un gran atardecer y tenía además el mar de fondo, así que llegué a la casa, descargué la foto en la computadora y justo cuando abrí mi *mail* para enviársela, tenía un mensaje de él: me enviaba una fotografía de un atardecer. ¡Un atardecer idéntico al del cuadro que yo acababa de fotografiar, abuela! Tenía los mismos tonos rojos y amarillos, y un árbol negro en primer plano. El árbol estaba exactamente en la misma posición. (“No-lo-pue-do-cre-er”). Le escribí que era una foto escalofrío.

Mi abuela volvió a decir que ahí estaba la prueba de que estábamos hechos el uno para el otro, “almas gemelas” ni más ni menos. Y aunque tuve ganas de decirle “no, abuela, Asdrúbal no es mi alma gemela, es un idiota”, hice un esfuerzo por ocultar esa imagen en la anciana memoria de mi Malenita; sólo quería dejarle una buena historia y, para acabar pronto, le dije que esas fotos me habían parecido el cierre de nuestra historia.

—Asdrúbal para mí siempre ha sido dos personas: una de letras y otra que en realidad no conozco. Así que cuando nos encontramos en la Ciudad de México, en la vida real, no pasó nada. Eso ahora es muy común, abuela, ya sabes, la gente se conoce por el internet, pero la vida real es otra cosa. Cuando nos vimos, hace apenas unas semanas que regresó de España, Asdru me dio un regalo —le dije. —En su último correo, me envió una serie de fotos que mostraban el proceso, o más bien el camino, donde había encontrado ese regalo para mí. Las fotos eran de *La noche en Blanco*, un festival donde hay actividades toda la noche, que se hizo en las calles de Madrid, aunque me parece que empezó en Francia y ahora lo hacen en muchas ciudades de Europa. En fin, que en las fotografías había gente en la Gran Vía, mucha gente, y mostraban las actividades que habían preparado para mantener a la gente despierta toda la noche “buscando nuevas razones para tener un sueño colectivo”, me parece una idea muy linda (“sí, es muy linda, y muy necesaria”). Había pantallas gigantes con bailarines que enseñaban pasos de ballet, globos blancos con poemas que flotaban sobre las cabezas de las personas, luces de colores en los edificios, bandas de todo tipo

tocando en los parques... —mi abuela se perdía feliz en la imaginación. —Mi regalo apareció al final del mensaje, cuando terminó “el camino” y encontró un letrero que decía “Se dibujan sueños”. Era un escritorio con una chica que atendía a una fila de personas, así que él se formó y le pidió que hiciera un dibujo para mí. Ese fue mi regalo. Un dibujo. Unas manos de niña que volaban y había un piano, gotas de lluvia, libros y partituras.

*Nervioso como niño, avancé hasta su escritorio, me senté y sólo atiné a decirle con una sonrisa tímida: "Hola, quiero regalarle un dibujo a una amiga que quiero mucho, que es como una niña y que sé que le gustaría esto. Puedo darte los elementos simbólicos, pero viene allí mi único problema, que no sé cómo hacer que logremos, entre los dos, representar en el dibujo los elementos abstractos, los valores... Ella sonrió sincera y me dijo "¿sabes que de los cientos de personas que han pasado por aquí, eres la única que me ha pedido un dibujo para ofrecerlo como regalo a alguien más? Todos llegan y se*

*van con algo para ellos mismos, y te lo agradezco, me parece un gesto lindísimo y con este dibujo tendré más energía para seguir dibujando". Y lo dijo de una manera tan honesta, tan linda, que sabía que, sentado allí, con los pies colgándome de la silla como niño, había llegado al lugar indicado, al regalo indicado para ti. Esperaba impaciente. Le dije que solo quería que se viera en el dibujo lo que para mí representabas, con lo que siempre te recordaba, y le di la lista de elementos que ya había escrito en un papelito durante la fila. Ella es como una niña eterna —le dije —pero siempre lleva un piano por dentro, música, siempre lleva jazz, la recuerdo sobre todo con Bill Evans. Y quisiera lluvia, y una gran pila de libros, y su escritura porque me fascina lo que escribe; a través de su escritura comenzó nuestra amistad y sigue nuestra relación después de los años, y plantas, y una playa lejana, pequeñita en algún lugar como recordando la distancia en el tiempo, allí donde todo comenzó; y*

*sonríe mucho, y quiero también que le salga un sueño de la cabeza, porque eso ha sido importante y quisiera también (y seguía yo enumerando la lista con la velocidad que tiene un niño en la mirada al estar en una tienda de juguetes toda para él) y aquí está el problema, que pudiéramos incluir el amor, y la coincidencia, y mi regreso, y las historias paralelas, y los sueños coincidentes y la literatura a través de manifestaciones reales, y la magia, ¡sí! la magia, y, y, y, y, y así iba yo volando cuando me detuvo con una carcajada y me dijo que no era posible, ¡que a ella le encantaría! Pero que tenía poco tiempo, porque quería hacer llegar su trabajo a la mayor cantidad de gente posible. Entonces me disculpé y me calmé un poco, y mientras dibujaba charlamos de su abuelo (¡que era de Saltillo!) y que su deseo siempre había sido conocer México, entonces le platicué un poquito nuestra historia y le pareció muy linda, ella dibujaba. Al final, cuando terminó, dejando de lado a causa del*

*tiempo muchos de los elementos que yo había pedido, me explicó brevemente la intención y los elementos de su dibujo, y lo firmó luego, por detrás, y le pedí como último deseo que te lo dedicara, que te lo enviara ella como un regalo de alguien que ya te conocía un poquito, desde Madrid. Y así lo hizo. Y yo le apreté la mano y le agradecí muchísimo, porque evidentemente, a través de su dibujo me había curado/sanado esa ilusión incompleta que llevaba desde que salí de casa, buscando un regalo lindo para ti. Y me pareció fantástico, porque salí como un niño con juguete nuevo, y la gente que llegaba a la fila me veía y veía el sobre que llevaba en la mano con curiosidad, y veían mi sonrisa.*

—Pero entonces, hija, ¿por qué no pasó nada con ustedes ahora que se vieron? —insistió mi abuela.

—No lo sé. Yo también me pregunto lo mismo, abuela. Asdrúbal y yo hemos tenido una historia complicada, siempre estamos en diferentes ciudades,

nos veíamos solo los veranos y, en realidad, me parece que nuestra amistad ha sido con nuestras letras, pero no con nosotros. Cuando llegó a la Ciudad de México creí que por fin ¡después de seis años! podríamos tener una historia juntos, y no sucedió. Estoy segura de que él también lo pensó así, y tal vez él tampoco sabe por qué no estamos juntos. Así que, bueno, empecé a salir con alguien más.

—Ay, hija, qué te digo. Solo tú vas a saber quién es el bueno.

—Pues sí. Por lo pronto Asdrúbal y yo somos amigos —mentí.

—Eso es lo importante, todo a su tiempo. Todo a su tiempo. Yo sé que Dios te tiene guardado a tu príncipe azul.

—Por cierto, abuela —cambié el tema a propósito —quería preguntarte algo ¿te acuerdas cuando murió mi tío Tony, que me dijiste que mi abuelo te había dado un sobre amarillo?

—¡Pero claro que me acuerdo! Si no dejo de pensar en eso. Tu abuelo estaba perfectamente lúcido ¿lo puedes creer? Me dijo que sabía quién era Antonio, y que yo todavía era su esposa porque nunca acepté que nos divorciáramos...

—¿Y tienes el sobre?

—No, hija —cambió su tono a lamento. —Tus tías, ya las conoces, cuando les conté en el velorio lo que había pasado me dijeron “no, mamá, él ya no te entiende”, luego se llevaron a tu abuelo y ya no me dio nada, pero te juro que yo vi el sobre. Uno sabe, hija, y en ese momento me di cuenta de que tu abuelo sabía perfectamente qué me estaba diciendo. “Malenita, tengo aquí toda mi confesión, aquí escribí todo lo que he sufrido en esta vida sin ti”. ¿Tú crees, hijita? Dios nos da a todos la oportunidad de enmendar nuestros errores, y a él se la había dado en ese momento. Yo ahora que veo mi vida me doy cuenta de que también cometí muchos errores; debí haberlo perdonado, pedirle que regresara a la casa y ahorita estaríamos viejos, pero juntos. Por eso te digo que el amor tiene que ser con la cabeza. Si reaccionas con el corazón, como lo hice yo, no ganas nada, ya ves que hasta loca me andaba quedando. ¿Tú te acuerdas de tu tía Sarita?

—Sarita, creo que no —me emocioné, me contaría una historia.

*Sarita, ya no la conociste, era la esposa de tu tío Juan Tomás que era primo de tu*



*abuelo Rafael. Era muy guapa, del norte, con un porte que la hacía parecer de buena familia, aunque la verdad es que no lo era ieso quería! Pues tu tía Sarita sí fue una mujer inteligente. ¿Sabes qué hizo? Descubrió que su marido tenía una amante. Lo estuvo observando mucho tiempo, a dónde iba, con quién salía, hasta que un día el muy descarado llevó a “la otra” a su casa. Sarita le había dicho que iba a irse ese fin de semana a visitar a su mamá iy mentira!, le dijo eso para ponerle una trampa. Pues tu tío Juan Tomás tuvo el descaro, te digo, de llevar a su mujerzuela a la casa, y cuando estaban haciendo el amor, Sarita abrió la puerta y los apuntó con una pistola. “Esta mujer se va ahora mismo o los mato a los dos”. El marido brincó de la cama iimagínate el susto, hija! “iPero Sara, mi amor, no vayas a hacer una locura!” le gritaba Juan Tomás corriendo por su ropa. Y Sarita, sin dejar de apuntarles con la*

*pistola, le repetía que si esa mujer no se iba en ese instante los mataba a los dos. ¡Era una pistola de juguete! Pero el marido pérfido ni cuenta se dio. La mujer como pudo se vistió y se fue, y cuando se quedaron solos, Juan Tomás le dijo: “supongo que ahora vas a querer el divorcio, ¿verdad chatita?” ¿y sabes qué le respondió ella? “No, señor, ieso quisieras tú! Pero te casaste conmigo para toda la vida y así va a ser”. ¡Uy, hija, jamás he visto marido más atento! “Mi chatita esto, mi chatita aquello”, la llenaba de regalos, se iban juntos a las fiestas, salían de viaje. Y efectivamente se quedaron juntos toda la vida. Sarita se murió hace como diez años y luego de unos meses Juan Tomás se murió, de tristeza yo creo. Un día me acuerdo que fuimos a la feria de León porque tu tía quería unos zapatos y Juan Tomás estaba de lo más cariñoso y complaciente con nosotras, nos compraba refrescos, nos compraba*

*helados... ¡Le compró cinco pares de zapatos! Caros, todos; te digo que la Sarita tenía buen gusto. Y tú crees que cuando pagó, la Sarita volteó a verme y me dijo “¿ya ves, Malenita, cómo traigo a mi marido?”*

*Eso, es ser una mujer inteligente.*

Mis tíos y primos se despidieron. Quedamos en la casa solamente mi tía María, mi abuela, Ramona y yo. Pronto Ramona me preparó la habitación de visitas y mi tía se encargó de darme todo tipo de recomendaciones antes de irse a dormir.

Salí a fumar al jardín.

Un príncipe azul, dijo mi abuela.

Y yo solo pensaba en los labios de Regina.

# Líneas Familiares

Cuando pienso en mi línea familiar, la imagino como una tira de muñequitos de papel, como ese ejercicio infantil, donde se dobla la hoja y se recortan las figuras para que queden atadas entre sí. Una familia de muñequitos que se extiende desde mí hacia el principio de los tiempos: Una vez que nací en esta familia quedé atada a mi madre, a mi padre, a Marielena, a Beatriz, a sus madres y a sus padres, y así hasta el siglo pasado, hasta el Renacimiento, hasta la Edad Media, hasta las cavernas.

Todas las líneas familiares llegamos a Lucy.  
Me vuela la cabeza pensarlo.

Cuando nació mi abuela Beatriz, en su cuerpo ya estaba el óvulo del que nacería mi madre, y en ese

óvulo de alguna manera estaba también el óvulo del que nacería yo cincuenta años después. Todo está conectado con un lazo genético y biológico, y luego nos atamos con una soga social y cultural, con el laberinto emocional y psicológico, con la herencia moral y espiritual. Tenemos los ojos de nuestra abuela, el carácter del padre, pensamos como la madre, nos persignamos, reconocemos lo bueno y malo con base en lo que escuchamos en las comidas familiares de las tías mochas, y luego los traumas, los abusos, las heridas de la niñez, la estupidez de los padres que no saben ser padres, la estupidez de los hijos que juzgamos a los padres que no saben ser padres.

Es ridículo negar a la familia porque es lo único innegable. Pertenece a tu línea y a ninguna otra, heredas el papel que se convierte en papiro y luego en piedra. No hay forma de escapar.

# **El Operativo Sobre Amarillo**

## **La Planeación**

Había recuperado a *mi abuela*. Durante todo el tiempo que hablamos la noté tranquila. Relajada. En su mirada había una especie de paz que no había tenido antes y, aunque su voz seguía pareciendo un engaño, esa voz de viejita que no era de ella, no tuve dudas de que estaba de regreso. Me sorprendía que no estuviera encorvada ni tuviera el cuerpo achatado y tieso que tienen todos los viejos, no parecía ser la anciana que era.

Fui a la cocina a buscar algo de cenar y me quedé un rato platicando con Ramona que también cenaba. Me caía bien Ramona, había sido la sirvienta, nana y segunda madre de mis primos y, en todos mis recuerdos de esa casa, estaba ella. Apenas me senté a la mesa, me preguntó en un segundo cómo estaba, dónde vivía, si ya me había casado, que ya quería nietos míos, pero yo le dije también en un segundo que estaba bien, que vivía en la Ciudad de México y que no estaban en mis planes ni boda ni hijos. Después se desbordó:

—Ay, mi niña, pues aprovechando que estás aquí y que tú eres familia, tengo que decirte que la señora María ha estado muy mal —cambió su tono a drama, una cucharadita de azúcar en su café con leche. —Desde que se murió el señor Rafael no la calienta ni el sol. Ya va al hospital por la presión, por los nervios, por cualquier cosa. A veces hasta pienso que la señora Marielena está mejor que ella. ¡Nomás vela! Su juguito en la mañana, sus baños de sol, su tele, y ahí sigue la viejilla entera —medio bolillo remojado en la taza, el bolillo goteando con un poco de vapor, una mordida. — Lo que yo creo que le afectó a la señora María es no poderle decir nada a tu abuela —con la boca llena. —El

día que le avisaron del asilo que el señor Rafael había muerto, regresó con una caja con todas sus cosas, y se quedó encerrada en su recámara mucho tiempo. Yo pasé por ahí varias veces y namás la oía llore y llore. El doctor Jaime casi nunca está, ya sabes, siempre de viaje por las operaciones que hace, así que estuvo tu tía más sola todavía. Le toqué varias veces “¿todo bien, seño María? ¿le traigo algo de comer?” pero no quiso nada. Estaba triste de veras. ¡Ay, mi niña, pero que tonta soy! ¿te preparo algo de cenar? —se levantó de un salto y se amarró de nuevo el mandil, en el plato se formó un charco de café abajo del bolillo —¿qué se te antoja, unas quesadillitas, unas entomatadas?

—No, no, Ramona, gracias. Me antojaste tu café con leche, pero yo me preparo uno.

—¡Nombre, faltaba más! Si tú eres la invitada. Quédate ahí sentadita y yo te lo preparo.

Le pregunté si había algún plan para decirle a mi abuela que Rafael estaba muerto, si ningún pariente había hablado por teléfono para darle el pésame, si a mis primos más chicos no se les había ocurrido comentar algo. “Pues la seño Malenita no tiene teléfono en su cuarto, entonces no puede responder llamadas ella sola”. Y si acaso alguien llegaba a visitarla, Ramona



se encargaba de advertirlos en la puerta, antes de que pudieran decir nada.

—¿Y las cosas de mi abuelo, siguen aquí? — Ramona volvió a la mesa con mi café con leche y un bolillo.

—Sí, mi niña. Era una caja más o menos grande, de esas de plástico que venden en el Walmart. La tiene tu tía María en su clóset. —Una cucharada de azúcar, tin, tin, tin.

—¿Y tú no has visto qué hay ahí?

—Pues no, niña, cómo crees. Yo nada más limpio el polvo, sería incapaz. Además qué es eso de andar viendo cosas de un difunto —el bolillo goteando, mordida.

—Te tengo que contar algo, Ramona —con la boca llena —pero tienes que prometerme que no se lo dirás a nadie.

—Te lo juro por mis hijos, niña.

—El día del velorio de mi tío Tony, mi abuelo Rafael le dijo a mi abuela que le había escrito una carta con toda su confesión y que la tenía ahí mismo, un sobre amarillo que Rafael tenía en su saco. Pero dice mi abuela que mis tías se llevaron a mi abuelo y él ya no le pudo dar nada. Todo es muy misterioso porque mi

abuelo tenía Alzheimer y no pudo haberle dicho eso. No pudo ni siquiera saber quién era mi abuela, ni mi tío muerto, ni nadie. Dicen que a veces las personas con Alzheimer tienen momentos de lucidez. Quién sabe. La verdad, he llegado a pensar que mi abuela se inventó esa historia para quitarse la pena de que mi abuelo nunca se arrepintió por haberla dejado. Pero también puede ser cierto, ¿no? Y si ese sobre existe, debe estar en algún lado —los ojos petrificados de Ramona se quedaron fijos en mí.

—Necesito que me ayudes a ver la caja que está en la recámara de mi tía María —choqué mi taza con la suya. —Salud.

# **El Operativo Sobre Amarillo**

## **El Robo**

Al día siguiente, antes de planear con Ramona el robo del sobre amarillo, decidí lo obvio: preguntarle a mi tía María si ella lo tenía. Pero cuando la abordé en el desayuno, dijo no saber de qué le estaba hablando. Le conté la historia del velorio de mi tío Tony y ella de nuevo dijo que no había sabido nada de ese momento de lucidez de mi abuelo. Me pareció sospechoso.

—¿Y mi tía Teresa sabrá algo? —Pregunté.

—No, no lo creo —respondió de inmediato pero noté que se sintió incómoda con mi conversación. Dejé de insistir.

Había planeado mi regreso a la Ciudad esa misma tarde, de modo que tenía que darme prisa para buscar en el clóset el sobre amarillo.

Me asomé a la cocina, mi tía terminaba su desayuno. Caminé a la habitación de mi abuela y para mi suerte seguía dormida. Cuando mi tía terminó de desayunar me dejó en “mi casa” y se fue a su recámara.

—¡Mierda! —Le dije a Ramona, susurrando. Mi tía acaba de cerrar la puerta de su recámara.

—No te preocupes —dijo Ramona desde el fregadero — nada más espérate a que suene la regadera.

Caminé por el pasillo y me quedé inmóvil junto a la puerta. Ramona a mi lado. Escuchamos cuando se cerró la puerta del baño y luego el agua de la regadera. Tomé el picaporte y le di vuelta lentamente. La recámara estaba alfombrada así que sin temor de mis pasos me acerqué al closet. Ramona me indicó que abriera la última puerta. Sonó un ligero clic. Ramona se persignaba. Eché un vistazo rápido pero no vi más que una vieja máquina de escribir y cajas con letreros malhechos que decían “ARREGLOS NABIDA”. Le señalé la B a Ramona con cara de desaprobación y ella encogió los hombros. Le dibujé una V en el aire con el

dedo. Me hizo una seña de que me diera prisa y me señaló el lugar donde estaba la caja de mi abuelo. Tuve que mover algunas cajas pequeñas y el sonido del arrastre me puso nerviosa. “Shhhhh”, le dije a Ramona que estaba más nerviosa que yo. Acerqué el banco del tocador y tomé la caja con las dos manos para sacarla. Estaba en una repisa alta y se sentía pesada, si el peso me vencía aquello terminaría en desastre.

Coloqué al fin la caja sobre las sábanas blancas de mi tía María. Grandes fotos en blanco un negro que apenas me detuve a ver, un retrato viejo de una mujer “Günay, 1880”; un sobre de plástico, papeles del hospital, de los médicos... Un par de libros de poesía, Antonio Machado, Miguel Hernández... ¿Mi abuelo leía poesía? “Para mi entrañable amigo” decía la dedicatoria con letra manuscrita y firmaba un tal Juventino Márquez. Seguía buscando pero no parecía haber señales del sobre amarillo. Más abajo había un álbum de fotos, más libros, portarretratos. Ramona se asomaba a ver las cosas, vio todas las fotografías. Metí la mano hasta el fondo de la caja para percibir la textura de las cosas y entonces sentí el sobre. La regadera seguía sonando. Lo jalé con fuerza y las fotos y libros cayeron al piso haciendo ruido. Ramona

comenzó a recogerlas moviendo constantemente la cabeza en señal de negación. El sobre era de papel amarillo. Lo miré un segundo y le indiqué a Ramona que guardara todo de nuevo en la caja. Cerramos la tapa de plástico, me trepé al banquillo y dejé la caja en el clóset.

En ese momento, mi tía María apagó la regadera.

Ramona y yo nos quedamos inmóviles sin saber qué hacer.

Corrimos hacia la puerta, pero cuando volteé de nuevo hacia la cama vi que la caja había dejado una enorme marca de polvo sobre las sábanas blancas. Y el banquillo. Regresé de un salto para sacudirla y dejé el banco en su lugar.

Entonces mi tía María abrió la puerta del baño. Apareció frente a mí envuelta en vaho.

—¿Lucy? —Me miró extrañada.

—¡Tía! Ay, que bueno que ya saliste del baño — le dije —estaba a punto de tocarte, pero pues qué bueno que ya saliste... es que... quería preguntarte por mi abuela. Si es normal que duerma hasta tan tarde, porque ya sabes, yo regreso temprano a la Ciudad y me gustaría platicar con ella un rato más.

Mi tía no entendió nada, pero al menos no parecía molesta porque estuviera con esa estúpida razón en su recámara.

—Ay, Lucy, pues si quieres despiértala —dijo y echó un vistazo completo a su habitación que me pareció sospechoso ¿habrá escuchado algo? Miré de nuevo la sábana, el polvo se había ido.

—Bueno, pues sí. Yo creo que sí. Voy a despertarla y ahorita regreso. Gracias tía.

Cuando cerré la puerta Ramona me espiaba desde la cocina.

Por supuesto, se reía de mí.

—Mi niña, ¿qué te dijo tu tía, escuchó algo, se dio cuenta? ¡Ay, Jesús Bendito! ¡Pero qué cosas me haces hacer, mi Lucy!

—“Ay sí, yo nomás limpio el polvo” pues tu polvo estaba en la sábana. No sé si se dio cuenta, no creo, pero sí me vio con ojos sospechosos. A ver tú qué inventas. ¿Tienes el sobre?

Salí al jardín a fumar y decidí abrir el sobre en la mesa de la terraza. La mañana estaba fresca. Saqué las hojas con solemnidad y empecé a leer.

Parecían documentos de algún trámite médico sin importancia.

No había confesión, no había notas. Revisé las hojas por ambos lados. Eran sólo documentos viejos e inservibles. No había nada.

Antes de regresar a la cocina, rompí los papeles.

—Entonces, mi niña, ¿no era esto lo que buscabas?

—No —le dije a Ramona. —Tira estos papeles donde nadie los encuentre.



**CDMX, 10 de octubre, 2009**

**Querido Qwerty,**

Mi abuela estaba cansada de tener esa única vida que tuvo, sin más opciones que ser ama de casa y luego la mujer abandonada por mi abuelo. Me lo dijo hace unos días, cuando celebramos su cumpleaños noventa y uno. ¡Noventa y uno!

Recordé un poema de Girondo:

Cansado de usar un solo brazo / dos labios / veinte  
dedos / no sé cuántas palabras / no sé cuantos  
recuerdos / grisáceos / fragmentarios.

Cansado / muy cansado / de este frío esqueleto / tan  
púdico / tan casto / que cuando se desnude / no sabrá  
si es el mismo / que usé mientras vivía.

Cansado / sobre todo / de estar siempre conmigo / de  
hallarme cada día / cuando termina el sueño / allí,  
donde me encuentre / con las mismas narices / y con  
las mismas piernas / como si no deseara / esperar la  
rompiente con un cutis de playa / ofrecer, al rocío, dos  
senos de magnolia / acariciar la tierra con un vientre  
de oruga / y vivir, unos meses, adentro de una piedra.

Han pasado ya dos meses y mi estancia en la Ciudad de México me ha parecido un truco de magia. Varios amigos del pasado me han visitado en diferentes momentos y me han recordado, como si fuera indispensable, cada una de las etapas que he vivido. No han sido reencuentros comunes y vulgares, no, no, nada de eso. Todo ha sucedido de manera puntual y en un perfecto orden cronológico. Todos llegaron un fin de semana tras otro como si el destino me obligara a hacer un recuento de esta vidita de veintiocho años que tengo hasta hoy.

Me gusta pensar que la vida avienta señales, y nos hace advertir coincidencias que en lugar de puntos finales terminan en escalofríos. Cuando le conté a Adriana de esto no le pareció extraño, al contrario, me dijo que la vida tiene ciclos perfectos de siete años, de modo que a los veintiocho me toca cerrar/abrir uno. Puede ser. Lo que ha sucedido después de los reencuentros es lo interesante: he comenzado a entenderme en perspectiva y me doy cuenta de que no tengo ni la menor idea de qué quiero hacer ahora. “Es la primera vez que no estoy segura de nada”, le dije a Asdrúbal en la terraza del Centro Cultural España,

cuando nos despedimos de nuevo, por su partida a Torreón. “Y es raro, pero me parece nunca había estado tan bien”. Cuando se lo dije, quise que entendiera que había renunciado a nuestra historia, que no me importaba que se fuera, aunque en realidad tampoco estaba segura. ¿Lo habrá entendido así?

Desde que tengo memoria, esta es la primera vez que me sucede no saber qué quiero. Siempre hubo expectativas sobre mí y me acostumbré a tener que saber siempre lo que quería de mi vida, a los trece años en mi diario, ya había escrito mi plan de vida, en el que iba a ser una conferencista famosa y viviría en París. Pero la única verdad es que hoy no sé nada. Y lo de ser conferencista no me interesa. En París, hace frío.

El día del cumpleaños de mi abuela, empecé tejer un pensamiento que ya se hizo grande (así como se hacían grandes los deseos de Raquel en *El bolso amarillo*). ¿Cuántas opciones de vida tuvo mi abuela? Pienso sólo en dos: casarse o ser monja. Las otras opciones, aunque existieran, eran impensables para ella: ser soltera, madre soltera o puta. ¿Y cuántas opciones tuvo mi madre? Ella se divorció hace diez años, y además ya había mujeres sin hijos que no fueron monjas; conocí a madres solteras, mi tía es una.

Pero después del *boom* de los divorcios (todas las amigas de mi madre y mis tías están divorciadas) el modelo de las familias se desdibujó. ¿Qué nuevas opciones aparecieron? Puedo ver a la generación de mi *roomie* Adriana, que tiene entre treintaicinco y cuarenta años, y no se me ocurre más que pensar que hay un patrón en esas series de los noventa: *Friends*, *Melrose Place*, *Beverly Hills 90210*. Una pareja se muda a la misma casa, ambos trabajan y son exitosos, ambos generan ingresos, viajan, se divierten, viven tranquilos y ya no se preocupan por tener hijos, ni por casarse siquiera. Además la mitad de ellos es abiertamente *gay*. Si saben lo que están haciendo o no es lo de menos, es un terreno inexplorado. ¿Pero esa vida relajada y sin compromisos los está haciendo felices? ¿Quién es feliz hoy con la vida que eligió? Adriana, por ejemplo, es directora de su fundación, habla tres idiomas, es una mujer guapa, simpática, independiente, tiene un buen salario, pero está sola y lo lamenta. ¿Qué pasa cuando esas “parejas libres” se separan, se quedan solos y pasan la Navidad con sus vecinos del edificio?

Con mi generación la lista de opciones se ha vuelto larguísima: ahora podemos casarnos, tener

hijos, no tener hijos, ser madres solteras, padres solteros, inseminarnos artificialmente, vivir con alguien, ser solteros y exitosos, ser gays, ser transexuales, ser bisexuales, ser monjes budistas o católicos y luego cristianos o ateos. Podemos casi por igual, hombres y mujeres, elegir una profesión; mujeres taxistas, científicas, CEO, presidentas.

Mi primo adolescente está en crisis porque quiere ser historiador, pero hay cuarenta modalidades en quince universidades distintas. Toma ansiolíticos.

Adriana cree que se pasó de exitosa y por eso no tiene marido. Toma ansiolíticos.

Yo no sé nada, la lista de opciones que tengo para ser es tan grande como la de incertidumbres. Quiero los ansiolíticos de Adriana.

Hace unos días mis amigos Alfredo y Blanca me invitaron a comer. Estábamos todos a la mesa, con sus hijos de tres y seis años, Nicolás y Sol, cuando de pronto Sol me preguntó: “¿Por qué solo tenemos una vida?”. Soltó su pregunta de la nada, como suele hacerlo cada vez que no entiende algo y llega a sus propias conclusiones en su cabecita llena de chinos. “A mí me gustaría tener más de una vida” dijo después.

“¿Ah sí?” le dije aparentando calma en medio de la emoción que me había dado escucharlo, “a mí también me gustaría tener más de una vida, ¿a ti por qué?” Me explicó que se refería a los videojuegos, y aunque yo me refería a la vida real, pasamos un rato pensando en diferentes formas de morirnos y revivir. Nos ahogamos en un *bowl* de cereal y revivimos como un muñeco de la caja; nos fulminó un rayo alienígena y revivimos del estómago del *alien*; nos aplastó una lluvia de autos y revivimos como calcomanías; nos volvimos invisibles y, cuando le dije que eso no valía, dijo Sol que sí porque que si nadie te ve es como si te murieras.

Después de la comida, caminé un rato por Campos Elíseos, que ya es mi calle favorita del barrio. ¿Por qué solo tenemos una vida? ¿Por qué solamente podemos elegir una vez? ¿O será que nos hemos creído el cuento de que podemos elegir “una” vez? Una persona puede reinventarse muchas veces; yo misma, al mudarme a la Ciudad de México tenía la oportunidad de ser una nueva mujer, podía cambiar de trabajo, tomar clases de pintura, ser más independiente y más segura, más amable, más divertida, hacer ejercicio... Pero a mis veintiocho años, ya no podía ser bailarina ni

tampoco pianista. Hay opciones con caducidad, que solo tienen un cartucho que quemar y, si se cruza la línea del tiempo y se gasta ese único cartucho, no queda más opción que ser algo más. Ser otra. ¿Y qué era yo?

En la caminata de regreso a casa, me detuve un momento en el parque Gandhi y me acosté en el pasto a pensar en todas las vidas que quisiera tener: una para ser bailarina, otra para ser cantante, otra para tener cinco hijos, otra para ser poeta, para ser superhéroe, trapecista, para ser orquídea, atardecer, ola de mar y así.

## Asuntos Pendientes

Una semana después de haber regresado de España, Asdrúbal me llamó y me invitó a desayunar. Nos encontramos en el Parque México.

—Lucía bonita, me dijo abrazándome en medio de los árboles. —Te extrañé muchísimo.

El encuentro estuvo lleno de emociones, tenía una ilusión grande por encontrarlo de nuevo, pero sobre todo porque al fin, después de seis años de desencuentros, coincidíamos en la misma ciudad, al mismo tiempo.

Nos sentamos en El Maque y nos recontamos todo lo que habíamos escrito por email, me habló de su tesis, del cierre de la maestría, de Madrid y de sus



nuevos planes para incorporarse al cuerpo diplomático de México. Yo le conté del nuevo proyecto que dirigía en la organización, de mi vida nómada, de mi *roomie* Adriana, y de que mi abuela estaba mejor.

Fue un buen reencuentro, aunque las cosas no fluyeron como esperé. No nos habíamos visto en los últimos dos años, esos dos años en los que él estuvo en Madrid y yo en Monterrey, y estuvimos más bien observándonos. Su cara y su cuerpo no habían cambiado, sus ojos tenían el mismo brillo que recordaba. Pero constantemente nos interrumpíamos y nuestra conversación estuvo más bien fragmentada: él mencionaba algo y yo recordaba otra cosa de nuestros mensajes que al final no tenía nada que ver. Después le preguntaba cosas que él había olvidado y de nuevo silencio. En ese encuentro me entregó el dibujo de “La noche en blanco”, y me regaló también el programa de un festival de jazz que sentí que había vivido junto con él, a través de sus mensajes. Yo le di solo un regalo. Un texto largo, muy largo, donde al final estaba un disco con el *soundtrack* que contaba nuestra historia. Se llamaba “Cantos de viaje”, el mismo nombre del poemario de Stevenson con el que empezó nuestra historia en Maruata. Con ese texto le

contaba/confesaba, por medio de la música, lo que nos había sucedido en esos años de ausencia, desde su mail metralleta, y le expliqué que esos años tenían que cerrarse con ese texto-disco, para comenzar una nueva historia.

Cuando reuní toda esa música, me di cuenta de lo mucho que me había costado curarme de aquel malentendido en San Miguel de Allende, y sentí esos “Cantos de viaje” como mi ritual de perdón. No quería alejarme de Asdru otra vez.

Adriana me celebró mucho cuando le conté de ese texto-disco y de mi ritual. —Las heridas no se curan con el tiempo, chula —me dijo —lo que cura es la madurez. Y me explicó que al madurar lo que sucede es que logras comprender lo que sucedió desde el contexto de la otra persona. —Es como si te pusieras en sus zapatos justo en el momento en el que pasó ese momento de mierda, puede ser que lo aceptes o que no lo aceptes, eso no es relevante; de lo que se trata es de comprender las razones del otro, perdonar, y luego lo que sigue. Si no, uno se queda dando vueltas en su misma mierda para siempre.

Pues sí.

Llegó el día en el que comprendí a Asdru y a su chica irlandesa, en su contexto de chicos veinteañeros, y mi drama en mi contexto de chica veinteañera. El tiempo no me había sanado, pero me había dado respuestas que ya empezaban a hacerlo. Esos Cantos de viaje eran un curita, un bálsamo, un te quiero, un no te vayas.

Al despedirnos, Asdru y yo acordamos vernos la siguiente semana. Pero la semana se estiró y se hizo larga e interminable, hasta que finalmente un día me llamó para decirme que su abuela estaba enferma y que había tomado la decisión de mudarse a por tiempo indefinido a Torreón.

No entendí nada. ¿Qué clase de broma de la vida era esa? Al fin nos habíamos encontrado en la misma ciudad y él decidía mudarse. Comprendía que su abuela estaba enferma, que debía estar cerca de ella ¿pero mudarse? Era la primera oportunidad real que teníamos en seis años. ¿Por qué nunca sucedía?

Desde que nos conocimos en Maruata, los dos vivimos vidas paralelas que nos mostraban a ambos como un espejo. Teníamos veintidós años. Al mismo

tiempo leímos los mismos libros, nos encontrábamos en las mismas ciudades o llegábamos a las mismas conclusiones sin haber hablado antes. Una y otra vez Asdrúbal y Lucía vivían situaciones similares que estaban siempre llenas de magia. Como las fotos escalofrío, como su concierto de Estrella Morente y mi mail enviándole *Minha* cantada por Estrella Morente. Como *Autumn leaves* sonando en mi *inbox* y yo recogiendo la primera hoja del otoño para él.

Asdrúbal era mi buzón. Había sido el buzón perfecto donde podía depositar mi emoción de la vida, mis letras, mis reflexiones, mi tristeza. Un buzón vivo, que respondía y tejía nuevas historias y construía mundos imaginarios, como imaginarios éramos él y yo. Nuestra fórmula era perfecta. Al no tener encuentros físicos, nos mantuvimos ideales en nuestros propios mundos, que a veces parecían el mismo. No importaba que saliéramos con otras personas, hubiera sido una tontería jurarnos lealtad eterna, cuando ni siquiera confesamos nuestro amor abiertamente.

Más allá de todo, nuestra relación era necesaria. Habíamos logrado construir nuestros propios conceptos de belleza y magia que simplemente no

lográbamos compartir con nadie más. Un día lluvioso era bello, un sauce abandonado en un campo de trigo era bello; todas las imágenes que lográbamos sentir a través de las letras, eran bellas. Y la magia, las coincidencias, los autores que leímos al mismo tiempo. Nuestro lazo imaginario nos unía el alma sin importar la distancia. ¿Para qué estaba Asdrúbal en mi vida? ¿Por qué cada vez que nos separábamos volvíamos a encontrarnos de las formas más insólitas? ¿Qué tenía que suceder con él y conmigo para al fin terminar con nuestra historia de desencuentros?

Cuando pienso en los años que estuvimos juntos, a través de las letras, logro comprender lo solos que estábamos. Él buscando en el mundo con quien compartir su emoción infinita, yo buscando en el mundo con quien compartir mi emoción infinita. Cuando salía de viaje, me gustaba preguntarle cosas obvias: ¿Cómo es el otoño? Para que él con sus ojos me dijera cómo se sentían las hojas y cómo se escuchaba el viento detrás de los árboles.

Pero ahí estaba otra vez mi Asdrúbal que se iba.  
En una vuelta más en la espiral de la vida.  
¡Qué mierda!

PLAY: MINHA, NIÑO JOSELE  
ESTRELLA MORENTE

# Regina

Conocí a Regina en un vuelo Monterrey - México. Un vuelo maldito que la vida me puso como trampa. Y caí.

Yo viajaba con mi jefe, en una de las tantas idas y vueltas que hacíamos entre ciudad y ciudad; cuando de pronto una chica se quedó mirando nuestra fila de asientos y le pidió al hombre que estaba a mi lado que por favor se levantara porque ese asiento era el de ella.

Había muchos lugares libres y me pareció innecesario el cambio de lugar de ese hombre, sobre todo porque la chica llegó impaciente, con una mochila al hombro, con la *laptop* en una mano y en la otra una botella de agua; lo mismo daba dejarlo todo en el asiento vacío que estaba en la otra hilera de asientos.

Además, claro, el hombre tenía que desabrochar su cinturón de seguridad, tomar su revista, su maleta que ya estaba debajo del asiento y ella tenía que esperar a que todo esto sucediera para entonces guardar sus cosas y sentarse ahí.

Pero al fin se sentó, y pronto abrió su laptop y comenzó a teclear. Parecía de mal humor, escribía de prisa y estaba completamente ensimismada. Cuando la azafata dio el anuncio de que estábamos por despegar, guardó la *laptop* y sacó un libro.

Alcancé de reojo a ver que leía a Murakami, pero por más que intentaba no lograba ver el título. Cuando pasó el carrito de las bebidas, la chica me preguntó sobre el libro que leía y comenzamos así una buena conversación que terminó hasta que aterrizamos.

Justo antes de bajar del avión intercambiamos tarjetas personales:

Ing. Regina Cooper / Supply Chain.

Lucía Castillo, M.Ed / Education Programs,  
Director.

—Ojalá podamos vernos un día en la Ciudad de México —dijo —y así me recomiendas autores nuevos.

—Cuenta con ello —le respondí sonriente.



Una potencial nueva amiga; lectora además, que no hay muchas. Me había emocionado nuestro encuentro.

La siguiente semana viajé a San Miguel a visitar a mi papá y de paso a algunos amigos. Fue un viaje sin propósito, para descansar unos días y leer. Conseguí al fin *Crónica del Pájaro que da Cuerda al Mundo* y recordé a un ex novio xalapeño que a su vez me dijo que ese libro le había recordado a mí. Las señales.

Cuando volví a la Ciudad la chica del avión me envió un correo invitándome a la Cineteca porque se proyectaba un documental francés sobre educación que seguramente me gustaría. Recibir su mail me hizo sentir bienvenida a mi nueva vida. Nueva casa, nuevos amigos, nuevas conversaciones. Era justo lo que necesitaba.

Pasó por mí un poco tarde, pero con suerte llegaríamos a tiempo a la función.

—Perdón, perdón, el tráfico es una pesadilla — dijo.

La sentí cercana esa tarde, como si nos conociéramos de antes, pero ella preguntó varias veces

“¿cómo estás?” y noté entonces que estaba nerviosa; una nueva amistad, de un avión a la vida real, en la Ciudad de México, supongo que no es muy confiable. Se veía un poco más cansada que cuando la conocí, sus ojos marrones tenían grandes ojeras y vestía ahora más ejecutiva; llevaba una camisa blanca y un pantalón gris que terminaba en unos *converse* rojos, percutidos y rotos. Me gustó el contraste. Le conté de mi viaje a San Miguel y, para romper el hielo, le confesé que no soportaba a Susana, la mujer de mi papá.

—Ni me digas, yo también alucino a la mujer de mi papá. ¿Por qué eligen tan mal? —respondió casual.

—No lo sé. Mi madre, al menos, tiene un novio con quien se ve contenta, pero Susana parece una versión marchita de mi madre; como si mi papá hubiera tenido un auto nuevo con mi mamá y cuando se divorciaron no le alcanzara más que para una carcacha. No la soporto.

—Ja, ja, ja, qué mala —rió Regina y me dio un ligero golpe en la pierna. —Pero sí, te entiendo. No sé qué pasa con los hombres mayores que no saben elegir. ¡Se casaron con nuestras madres! ¿Tan mal los dejaron? —Ja, ja, ja, ja. Pues sí. Aunque no creo que mi papá y Susana duren mucho, honestamente. Ahora que los

visité no vi bien la convivencia. Quién sabe. Tampoco me imagino qué haría mi papá sin una mujer.

—Uf, sí. Creo que por muy mal que nos caigan, es mejor que estén con ellas a que estén solos...

La película estuvo más bien mala y aburrida, un documental francés sobre un conflicto escolar sin chiste, pero algo podía rescatarse y, cuando se lo dije a Regina, rió y me propuso ir a cenar.

—Mejor me cuentas con una botella de vino, porque no quiero que esto se quede como una mala experiencia.

Al salir llovía y las calles eran un río, así que propuso ir a su departamento. Podemos preparar una pasta, dijo y yo acepté. Era nueva en la ciudad y ella era oficialmente mi nueva primera amiga.

Su departamento estaba en la Condesa, un espacio un tanto bien desolado, con muebles viejos y un balcón.

—¿Tinto está bien?, —dijo y yo asentí. Abrió la botella y empezó a contarme de su trabajo, de su próximo ascenso y de sus horarios infames en su oficina de Santa Fe. Yo le conté de mis impresiones de recién llegada a la Ciudad de México, de mi aura protectora de

turista y del proyecto educativo que coordinaba con la organización gringa.

—El problema de la educación es que seguimos aprendiendo con los mismos modelos de hace cientos de años. Todos en un salón, todos viendo al frente, inmóviles, recibiendo “el conocimiento” del maestro. No hay diferencia en las clases que daban los maestros de nuestros abuelos a las clases que nos dieron a nosotras. Pero todo ha cambiado, el conocimiento ya está en todos lados, da igual si ves un documental en la tele sobre la revolución francesa, que si lo lees en Wikipedia o en un libro de texto. El maestro ya no es “el que sabe” ahora más bien debe guiar el aprendizaje y promover el autoaprendizaje. Es muy simple, en realidad, pero el sistema educativo está tan enmarañado de sindicatos y secretarías que es más fácil mantenerlo como está.

—Y que el país se vaya al caño—dijo Regina.

—Pues sí. ¿Te cuento una teoría que tengo? Creo que todos los grupos sociales, de cualquier tipo, un grupo de trabajo, un grupo de amigos, una familia; todos al final se comportan como en un salón de clases. Cada quien adopta un rol: está el ñoño, el acosador, el

mediador, la guapa tonta, los invisibles, el buena onda pase lo que pase...

—Ja, ja, ja, ja, isí! Es cierto...

—Lo viste en la película, ese salón francés era idéntico a un salón mexicano ¿a poco no? Aquí y en China, se repite ese fenómeno, es interesantísimo.

—Sí, ¿eh? Está interesante. ¿Y tú quién eras en tu salón? —me preguntó.

—La lista, obvio.

—¿Y tú? Ja, ja, ja, yo también. Soy ingeniera.

El agua de la pasta empezó a derramarse y el sonido nos alertó.

—Uy, ya está lista. Te advierto que no soy buena cocinera, ¿eh? —dijo mientras colaba la pasta y luego se acercó a la mesa con un frasco de Ragú.

—Ya veo —dije y ella echó una carcajada.

—¡Qué tiene! Un frasco de Ragú siempre te salva. ¿Soy muy lista, ves? —dijo orgullosa.

—Muy ingeniera —me burlé. Regina reía divertida.

Mientras cenábamos, estuvimos largo rato hablando de nuestro encuentro en el avión y cuando

noté que estaba cerca su computadora le mostré mi blog, un texto que había escrito sobre nuestro encuentro en aquel vuelo. Me contó que viajaba mucho a Monterrey porque ahí estaba la planta de la empresa donde trabajaba, pero también le gustaba viajar a otros lugares. En la computadora me mostró fotografías de Capadoccia y luego otras de Moscú, donde aparecía con una chica, una exnovia. Su confesión me tomó por sorpresa. Regina era una chica muy guapa, tenía un porte de niña rica que contrastaba con su pelo desordenado y sus tenis rotos, pero me parecía más bien una chica trabajadora y bien educada a punto de encontrar un marido. ¿Qué decirle? Noté que me observaba, leía mi reacción y, sin más, le conté que yo había estado enamorada de una chica alguna vez, pero no había pasado nada.

—Teníamos veinte años y éramos muy tontas. Yo creo que a ambas nos dio pánico y ninguna se atrevió a hacer nada —le dije.

—¡Pero por qué! ¿Y no has pensado en buscarla ahora?

—Ay, no. Eso pasó hace mucho tiempo, cuando empezaba la universidad. Además ella se mudó a San

Francisco y, cuando lo platicamos más bien nos reímos. Seguimos siendo buenas amigas.

Me puse nerviosa. Era claro que había cierta atracción entre Regina y yo, pero en un segundo esa atracción se convirtió en una posibilidad. Llenó de nuevo las copas de vino y nos sentamos en el sillón de la sala. Le leí en voz alta el texto de mi blog.

*Estuvimos varios minutos cada una sobre las letras de nuestros libros. Pasó el carrito con bebidas, y de pronto ella se volvió hacia mí y me preguntó “¿está bueno?”, la miré por encima de los anteojos y le dejé saber con mi mirada que no sabía a qué se refería, que me había tomado completamente por sorpresa.*

*—El libro ¿está bueno?*

*—El libro, sí... es muy bueno —le dije y sentí que me ruboricé, pensé que tal vez había notado que la estaba observando tratando de averiguar el título de su libro, pero supe de inmediato que no era así, que era inofensiva su pregunta y que*

*tenía verdadero interés en saber detalles de Los papeles inesperados.*

*—Me lo han recomendado mucho —dijo. Le hablé de la historia del libro, “veinticinco años después de la muerte de Cortázar, encontraron estos papeles inéditos en el cajón de un mueble ¿lo puedes creer?” Y ya no pude evitar emocionarme. Cortázar, le dije, fue mi primer autor favorito y le conté que es muy divertido, que escribe de las cosas pequeñas, de las cosas bellas y luego le dije que ya podía imaginar mi gozo al leer esos textos, tan nuevos y tan inéditos, porque lo común es que cuando el autor se muere todo se acabe.*

*Me preguntó qué libro de Cortázar debería leer primero y le dije que Rayuela era su libro más famoso, aunque le confesé que sus libros de cuentos eran mis favoritos.*

*Me habló entonces de Murakami y me contó su historia de lectora.*



*—Normalmente no leo más de un libro de un autor —me dijo—, cuando he leído más de uno, el segundo me ha desilusionado, pero a Murakami le estoy dando una oportunidad.*

*Me habló de Crónica del pájaro que da cuerda al mundo, me habló de Tokio blues.*

*Le conté que el primero era un libro que llevaba varios meses en mi lista de próximas lecturas y que, esa semana, precisamente, se había hecho presente la necesidad de tenerlo de varias maneras. “Todos los caminos me llevan a Murakami” —le dije.*

*Después de varios silencios, en los cuales ambas regresábamos a nuestra lectura, voltee de nuevo y le leí un pedacito de Los Papeles Inesperados. Y luego pensé que tal vez era demasiado, que finalmente era una desconocida y ahí estaba yo dejándole saber todo mi regodeo de pavo real al leer a Cortázar. Ella no pareció molestarse, al contrario, y luego*

*volvimos a hablar de autores y terminé recomendándole también a Enrique Vila-Matas y a Roberto Bolaño. Ella vive en CDMX y le dije que yo acababa de mudarme a esa ciudad. Estábamos tan cerca en los asientos que pude ver hasta esas líneas oscuras que rodean a las pupilas, sus ojos eran color miel y su cabello era rizado y desordenado; fue muy raro, pero me recordó a mí misma. Ella prometió que me escribiría para mandarme algunas de sus recomendaciones de la ciudad y también para decirme si le habían gustado mis autores.*

*Salimos del avión y yo esperé mi maleta, ella se despidió y siguió de frente, pero antes de perderse entre la gente del aeropuerto, volteó y me gritó desde lejos, “escribeme, ¡y lee a Murakami!”*

Y le escribí y leí a Murakami, y nos vimos en la Cineteca y comimos esa pasta horrible con Ragú y en su sillón nos besamos. Fue un beso intermitente que muy

pronto se volvió dulce e intenso. Nuestros labios pegados, nuestras lenguas jugando a conocerse, mis manos en su espalda, en su cuello, sus manos en mi cintura, en mi pelo.

De pronto sentí que lloraba. Era un llanto ligero e inesperado, inofensivo. —¿Estás bien? —me preguntó. —Estoy muy bien —le dije sonriendo —a veces la emoción que no me cabe adentro se me sale por los ojos.

Y volví a besarla.

Llegamos a su cama y nos desnudamos, su piel era suave, su sexo depilado y perfecto. Pasé largos minutos hundida en su olor, saboreando su cuello, sus pezones, sintiendo su pecho apretado al mío. Y sentí otra vez ese deseo misterioso y profundo que no se parecía nada al que había conocido con los hombres. Sus orgasmos se sentían como una explosión eléctrica adentro de mí, isus orgasmos los sentía en mí! Perdida de mi mente por completo, rendida al placer de su humedad con la mía, y a sus labios que no dejaban de besarme, mientras la luna se perdía en el horizonte y dejaba al mundo completamente a oscuras.

Después de ese encuentro, empezamos a vernos todas las noches, el único momento que permitían sus horarios infames de tráfico de Santa Fe y, cada mañana, a las seis en punto, me besaba de nuevo y se despedía. Durante el día llenaba su *inbox* con mensajes intermitentes. Jugaba con las letras, con las imágenes de ella en mi memoria. Era una delicia pensarla en medio de mi rutina oficinista y me ilusionaba recibir sus respuestas, siempre inesperadas, con frases retadoras que me animaban a escribirle más. Los fines de semana los pasábamos juntas, leyendo en los parques, bebiendo café en su balcón, hablando de sus viajes y de los míos y visitábamos exposiciones de arte contemporáneo, que a mí, la mayoría de las veces, no me parecían arte.

Una mañana la invité a Chapultepec.

Compramos un par de cafés en Porrúa y nos tendimos en el pasto justo en frente del lago. Le leí en voz alta *Seda*, de Barico. Y cuando terminé no podía creer que hubiéramos leído un libro entero esa mañana.

“¡Tenemos que celebrarlo!” dijo y me invitó a una cita privada, con vino, en la terraza de su casa. Era encantadora la forma como se emocionaba con los libros, me dejaba compartirle el mundo que me emocionaba a mí y eso se sentía como lo mejor que me

había pasado.

Con Regina, fue la primera vez que me planteé tener una relación estable con una mujer. ¿Estaba lista? Había estado con una chica antes, “mi primera vez”, en Puerto Vallarta; estuvimos juntas tres días y dos noches, como paquete turístico, y aquello me bastó para abrir para siempre la caja de Pandora. Ella tenía veintiún años, yo veinte, y tuve tanto miedo de que aquello creciera que no volví nunca a contactarla.

Pero ya no tenía veinte años, ahora vivía sola en la Ciudad de México, dirigía un proyecto nacional, tenía un buen salario, y estaba lista para tomar mis propias decisiones. Quería estar con Regina. Todo embonaba: su trabajo, el mío, su familia, sus amigos. Cuando conocí a su hermano recuerdo que nos miró extrañado y luego dijo: “ustedes se parecen, ¿estás segura de que no eres una hermana perdida?” Su madre también fue amable y cariñosa.

Muy pronto dejaron de importarme los *mails* de Asdrúbal. Regina tenía la energía de un huracán, y era apasionada y la vida la emocionaba por segundo. Estaba ahora con un buzón que me visitaba por las noches, con

una mujer que me quería con un amor que no había sentido antes, que se derretía cuando le leía en voz alta, y que respondía con frases inteligentes que me derretían a mí.

    Mi mujer del avión, mi mujer de cielo.

    Estaba estúpidamente enamorada de ella.

Al paso de las semanas nuestra relación se aceleró como una centrífuga imparable que nos llevaba por inercia, hasta que un día se terminó. Estuvimos juntas sólo cuatro meses y se acabó todo el día que me enteré que tenía una novia estudiando en Barcelona y que estaba a punto de volver. Me lo dijo ella misma, una noche antes del Año Nuevo, memorable en las noticias por ser la más fría en ciento cincuenta años en la Ciudad de México. Estábamos solas en casa de Adriana, en mi habitación verde y, después de su confesión me regaló una Moleskine azul. Le pedí que se fuera, fue lo único que dije y, aunque ella insistió que habláramos yo no dije nada más. Apenas cruzó la puerta diciendo quién sabe qué, me encerré en el baño y vomité.

    Regresé a la habitación y destrocé su puta libreta azul.

    No podía respirar.

Después no podía dormir.  
Y al día siguiente no sabía cómo vivir.  
Regina fue una bomba atómica

# Venus

Entonces salí con Lilia, con Gabriela, con Violeta, con Fernanda, y con una chica argentina que no recuerdo cómo se llamaba. Lloraba de lunes a viernes y salía de fiesta los fines de semana, todos los fines de semana, a veces con amigos reencontrados, a veces con compañeros de la oficina. Bailaba hasta el cansancio y casi siempre sola, en el Patrick Miller, en el Pride, en el Guilt, en el Marrakesh, daba igual; cualquier cantina con rockola también era opción. Bailar, cantar en voz alta y beber era lo único que me hacía sentir bien, aunque nunca bebía demasiado (Alfredo me decía “Trestraguitos”) y por lo general, antes del amanecer, en ese momento pardo donde la noche se acaba, la tristeza volvía y yo tomaba un taxi para regresar a llorar a casa.



Regina había sido una puta bomba atómica.  
Mi *Like a Friend* de Pulp.

Pero una noche me reencontré en la Ciudad con Venus.

Habíamos sido vecinas en Xalapa, mientras yo estudiaba la universidad y, aunque no fuimos amigas, nos encontrábamos en fiestas, exposiciones y obras de teatro, más que en la calle que unía nuestras casas. Xalapa tenía esa singularidad, éramos tantos estudiantes sin quehacer en la Universidad Veracruzana que, aunque no supiéramos nuestros nombres, “sabíamos” quiénes éramos y nos encontrábamos en los mismos eventos y en los mismos bares, que no eran muchos. Parecíamos una gran familia, donde todos sabíamos todo de todos, sin siquiera saludarnos.

Y sucede que Venus vivía ahora en la CDMX y organizó en su departamento del Centro Histórico una fiesta de reencuentro con varios amigos de Xalapa que también habían llegado a vivir a la ciudad; mi amiga bailarina, Alfredo, Blanca, Fernando, Xico, Adri, Raquel...

El reencuentro nos hizo felices de inmediato, bebimos, bailamos. A la mitad de la noche, después de

un par de mezcales y unas cuantas cervezas, Venus se sentó junto a mí y me preguntó por qué nunca le hablé cuando fuimos vecinas en Xalapa. Le reclamé que había sido ella quien nunca me había hablado a mí y estaba a mi lado Fernando apoyando mi argumento.

—Tú no solo no le hablabas a Lucía, güey, no le hablabas a nadie, ja, ja, ja.

—¡No es cierto! —Se defendía Venus indignada. —Le hablaba a todos mis amigos de la facultad de Artes...

—Ja, ja, ja, pero Lucía estaba en Humanidades y yo soy periodista ¿ves? —reclamaba Fernando.

—Ash, es verdad, era una antisocial —y simuló un llanto que nos dio mucha risa. —Ya quiéranme.

Hablamos mucho Venus y yo esa noche, como si hubiéramos sido amigas cercanas que acababan de reencontrarse; le conté que estuve en Monterrey, que ahora tenía una oficina en Polanco, y ella me contó de su divorcio, de un novio pasajero que tuvo y de su trabajo como productora de arte. De pronto regresábamos a la conversación de todos y recordábamos fiestas, chismes, escándalos xalapeños. Estábamos ebrios y divertidos. Venus se quedó a mi

lado y sentí que me coqueteaba, empezamos a llamarnos “vecinas”, aprovechando cualquier ocasión para reclamarnos mutuamente, para abrazarnos y decirnos lo contentas que estábamos de coincidir en la Ciudad de México.

Pero Venus tenía un marido la última vez que la vi.

A las cinco de la mañana le pedí el teléfono de un sitio de taxis. —Ya es tardísimo, vecinita, y ya estamos todos muy borrachos.

—Quédate en casa —me dijo y empezó a hablar con un sonsonete tierno alargando las sílabas. —Mañana es sábadoo, te puedo preparar un cafeciiiiito muy riiiiico en la mañaaaana iah, tengo café de Avelino, de Coatepec! No te puedes resistir a eso.

Y era verdad, el café de Coatepec era lo que más extrañaba de mi temporada de estudiante.

Fernando propuso salir por unos tacos a Los Cocuyos y pensé que la salida me serviría de escape. Pero al pagar la cuenta, Venus me tomó de la mano y volvimos juntas a su departamento.

Había dejado la música encendida, “qué buena fiesta tiene tu vecina” le dije y nos reímos mucho, ella no podía encontrar la llave. Bailamos un poco más las dos juntas. Las dos solas. Las dos ebrias. Los Ángeles Azules, Margarita, Celso Piña. ¿Cómo hacía Venus para tener toda esa música, toda la noche? En el 2010 no existían esas aplicaciones de música, uno se tenía que esforzar por armar una colección de CDs y de memorias USB con archivos misteriosos que se conseguían en los puestos piratas. Su colección era una joya. Nos acercamos a la ventana para ver el amanecer, algunas cúpulas, antenas, cables, sombras negras delineadas de índigo y anaranjado. Hablamos de los colores del cielo.

—Qué bueno que te quedaste —dijo y me abrazó. Sentí su cuerpo pegado al mío y sentí otra vez el fantasma de Regina. Comenzó a acariciarme la espalda, yo tomé su mano y entrelacé mis dedos. Ninguna quitó la vista de la ventana. Sabía, ¿sabíamos? que estábamos a punto de besarnos. Mi corazón latió más rápido, estaba nerviosa.

—Ya vámonos a dormir, vecina —le dije para romper aquello.

—Vamos —dijo ella y me llevó de la mano a su habitación.

Entré al baño, estaba muy limpio y lindo, con calcomanías en la lavadora y cremitas de coco y lavanda, tenía una planta. Me lavé las manos y me miré en el espejo. Eran las siete de la mañana y yo era un desastre, me mojé un poco la cara, me limpié el rimel corrido. Al salir del baño, choqué de frente con ella en medio de la oscuridad de la casa. Fue algo muy torpe, muy tonto, pero ninguna de las dos se apartó. Mi cara quedó junto a la suya y comencé a besarle el cuello muy despacio, midiendo, probando y avanzando lentamente hacia su boca.

Nos besamos con el deseo contenido toda la noche, me recargó en la pared y yo clavé mis dedos en su pelo, largo y rizado, todos mis dedos, y presioné suavemente su cabeza contra la mía para seguir besándola. Su respiración era agitada, la mía también, apareció en ella el aroma del amor, ese aroma que me hace adicta, y comenzó a tocarme el pecho, a buscar con sus dedos mis pezones. Llegamos a la cama. Se sentó en la orilla y empezó a desvestirse, dijo que buscaría una pijama para mí pero yo ya estaba desnuda debajo de las sábanas. Hablaba de la pijama con un tono infantil, sí, pues para qué, claro, qué tonta y se reía sola. Encantadora. Entró a la cama y empezamos a besarnos

otra vez, poco a poco, hasta que nos convertimos en un remolino de cuerpos. Me quedé sobre ella para besar su cuello, sus pezones rosados, hermosos, firmes, su piel blanca, su cintura pequeña, su ombligo diminuto. Deslicé mi mano para tocar su sexo y la sentí mojada. Me excitó aún más sentirla. La acaricié un momento y hundí mis dedos dentro de ella. La miré: una mujer perfecta de ojos cerrados. No podía creer que estaba haciendo el amor con esa mujer guapísima que había sido mi vecina en Xalapa. Seguí tocándola, rozando mi pelvis en su pierna, mis labios en su pecho. Sentí su orgasmo en mi mano, pequeños espasmos, sincopados, deliciosos espasmos y quise bajar a beberla, pero ella se volvió sobre mí. Pegó su sexo al mío, su sexo caliente y mojado y empezamos a frotarnos y a sentirnos, y entonces me estremeció ese escalofrío que me hizo saber que su clítoris estaba pegado al mío y que, con Regina me hacía sentir que estábamos conectadas más allá del tiempo y de la carne. Tuve un orgasmo de inmediato, luego otro. Y así seguimos, enredadas con las lenguas y las piernas en una danza de amor que ya tenía la mañana encima.

Venus. Mi artista tierna y amorosa, mi flotador perfecto.

Sabíamos ambas que estábamos en un momento de transición, pero poco nos importó. Ella se había divorciado de un fotógrafo veinte años mayor que ella, y yo tenía el corazón roto por la hija de puta de Regina. Qué más daba, era preciosa Venus, me parecía idéntica a la venus de Boticelli y, cuando se lo decía se enojaba: “está deforme” me reclamaba y bufaba y yo no podía más que reír y besarla de nuevo.

Decidimos acompañarnos, silenciosas, Venus y yo, en nuestro proceso. Ebrias de diversión y de vida, de dolor y de abandono. Se sumó Yoshimi a nuestra fiesta de cada fin de semana, otra amiga reencontrada de Guanajuato que no tenía menos tragedia que nosotras. La rubia, la morena y la japonesa. Cuando las tres nos reflejamos en los cristales de un Banamex, en plena madrugada, Venus gritó “¡Miren, somos Los ángeles de Charlie!”.

PLAY: LA COMPLICIDAD  
CULTURA PROFÉTICA

**CDMX. 18 de septiembre, 2010**

**Querido Qwerty,**

Ayer fui con Yoshimi a caminar por Álvaro Obregón. No decidíamos dónde sentarnos a tomar una cerveza, así que solo caminamos con paradas intermitentes en las bancas del camellón. Como siempre, hablamos de Regina, de Katori, de Venus y de ella. Llevaba semanas deprimida y al fin la veía más animada. “Antes la gente amaba mejor”, dijo de pronto Yoshimi, “antes no estaban bombardeados de cine y música y televisión que les hicieran saber lo vital que es vivir épicamente enamorados”. Pues sí, concluimos: Los corazones rotos contemporáneos son, para fines prácticos —y con una lógica deficiente—, consecuencia directa de la cultura pop. Yoshimi decía que su corazón-roto-crónico tenía que ver con haber pasado su infancia hundida en el mundo de Christie, Holt, Austen y Bronte. “Así que, para no ser lo que soy, que Katori odia de



mí, debo olvidar lo que leí”.

Mi corazón-roto-crónico tiene que ver con Stevenson. Con mi Stevenson. Y seguramente con Cortázar y con Wilde. Pensé en esa frase que dice “un cínico es un idealista frustrado” y recordé que mi *roomie* Adriana me había dicho que a los cuarenta años te vuelves cínico. ¿Será así? ¿Por qué elegimos creer? ¿Para qué? ¿Sirve de algo inventarnos nuestra propia versión irreal de la vida que queremos?

Cuando llegué a casa descubrí que mi llanto ya no era para Regina, era para mí. Me he ganado cada una de mis lágrimas.

Si pudiera ver mi vida desde un edificio alto ¿podría ver en qué momento sucedió este efecto mariposa, en el pasado, que ha desencadenado que me sienta tan sola, en esta ciudad enorme?

PLAY: Y ENTONCES  
MARTIRIO

# **El Haiku de Yoshimi**

Que del cinismo  
elijamos creer  
es literario

# Garibaldi

La abuela de Asdrúbal murió un año después de que él llegó a vivir a Torreón. Tiempo suficiente para que se consiguiera una novia y comenzara a trabajar con su primo en una empresa que nunca entendí de qué se trataba.

No regresó a la Ciudad de México.

Comprendí que no era él. Me enojé con él, pero más me enojé conmigo por mi ridícula esperanza y mi estupidez. ¿No era nuestro momento? ¿Pero nuestro momento llegaría un día? ¿y cuándo sabes en qué momento dejar de insistir? ¿Cuánto tiempo es demasiado para esperar a que algo suceda?

Decidí cerrar mi ciclo con Asdrúbal, que al mismo tiempo fue con todos los hombres. Tenía que acabar de una vez por todas con mi hechizo de espejo roto. Siete años habían sido suficientes.

Una tarde me envió un mensaje para decirme que iría de visita a CDMX y que además su amigo Nino llegaba de España para pasar unos días en México.

—Vamos a vernos en la mezcalería, me gustaría mucho que fueras.

Y fui.

Y bebimos.

Y hablamos mucho con Nino.

Y bebimos más.

Pero no hablamos nunca de nosotros.

La noche pasó rápido, Nino resultó un gran personaje y yo estaba fascinada de escuchar sus historias que ya conocía por mail. Fue como si un personaje cobrara vida, como si de pronto saltara de *Rayuela* el mismísimo Traveler.

La mezcalería cerraba y decidimos seguir en la plaza de Garibaldi. Había que pasear al extranjero.

Nos fuimos en dos autos, yo decidí ir con Lety y Mark, unos amigos de Asdrúbal que me caían muy bien aunque apenas los conocía. Nino también vino con nosotros. En el camino me preguntó, con su acento españolísimo:

—Ya dime Lucía, ¿qué pasa con mi amigo Asdrúbal?

—¿Qué pasa de qué?

—Bueno, tía, tú sabes, él me ha hablado mucho de ti. Tú eres de la única mujer que me ha hablado y creo que realmente le interesas...

¿Qué decirle a Nino? Le expliqué que hubo un momento en el que yo también estuve interesada.

—Tuvimos una oportunidad el año pasado, cuando regresó de España, la única oportunidad real en estos años, pero se fue a Torreón y se consiguió una novia y un trabajo y él decidió alejarse, así que lo más sensato fue cerrar el tema.

Nino insistió varias veces, pero todas esas veces le respondí que lo mío con Asdrúbal, no tenía sentido. Lety me dio la razón. Mark sí pedía otra oportunidad.

En El Tenampa seguimos bebiendo.

“Acá entre nos, quiero que sepas la verdad, no te he dejado de adorar, allá en mi triste soledad, me han dado ganas de gritar, salir corriendo y preguntar qué es

lo que ha sido de tu vida...” Canté todas las canciones de ardidos y, aunque Asdrúbal insistía en un cancionero más representativo para ilustrar al español (*Cucurrucucú, Cielito lindo*) yo pedía una tras otra: *Morirme de amor, Paloma negra, Cielo rojo...* “Para de hoooooooooy en adelante ya el amor no me interesa”.

Cuando nos corrieron del Tenampa llegamos con nuestra borrachera infinita a la casa de alguien. El amanecer nos alcanzaba. En el momento en el que todos entraron, le dije a Asdrúbal en la puerta “tú no entres”. Y antes de que pudiera entender lo que estaba pasando, lo besé. Un beso urgente e intenso, con la música de toda la noche que se me había metido en el cuerpo.

En la sala preparaban bebidas, había unas diez personas que no tengo idea de dónde salieron. Me acercaron un vaso que apenas probé. Asdrúbal me envió un SMS:

A. “Vámonos”

L. “Llévame”

Mis ojos clavados en los suyos.

A. “Ven, te haré el amor en el vértice de esa ventana”

L. “Ya estoy ahí”.

Nino dormía en el sillón y Asdrúbal propuso pedir un taxi.

—No, dos taxis —dije yo. —Tú te vas con Nino y yo me voy a mi casa.

—No —dijo él —un taxi y nosotros te llevamos.

El trayecto duró apenas unos minutos. Reíamos a carcajadas recordando Garibaldi. Asdrúbal me acariciaba la mano.

En la puerta de mi casa, volví a besarlo para despedirme y, sin dejar de abrazarlo, hice al fin la pregunta:

—¿Por qué no dejaste que sucediera nuestra historia de amor, el año pasado, cuando regresaste de España?

—¿Puede suceder ahora? —dijo él.

—No.

—¿Por qué?

—Porque estoy enamorada de Regina.

Y lleno de desconcierto, regresó al taxi y se fue.

## Asunto Cerrado

Fui cruel. Fui muy cruel. Había bebido mucho esa noche y mi coraje tenía dimensiones de arma letal. Me disculpé un par de días después. Qué más. Y aunque Asdru aceptó mi disculpa y dijo que podríamos ser amigos, dejamos de vernos.

Entonces se acabaron las señales. No volví a escuchar *Autumn leaves*, no hubo atardeceres en mi *inbox*, ni libros leídos al mismo tiempo, ni más *Cantos de viaje*.

Asdrúbal me hacía sentir atrapada en una puerta giratoria. Avanzando hacia adelante pero solo dando vueltas en el mismo lugar, en el mismo asunto, en la misma estupidez. La vida estaba del otro lado, la



veía, y la gente que estaba del otro lado también me veía dando vueltas sin entender mi necesidad. Así como yo veía a mi abuela en cada sobremesa maldiciendo a mi abuelo.

Es muy simple hay que tener agallas, courage “¡huevos!”, diría mi madre jarocho.

Una vuelta más, para tomar valor. Respiramos profundo y asunto cerrado.

La noche en Garibaldi “comprendí” mi salida. Al principio no tenemos la claridad para vernos, después no tenemos la sabiduría para comprendernos y al final no tenemos el valor para resolvernos. Yo quería a Asdru, pero él no me quiso a mí. Yo quería a Regina, pero ella no me quiso a mí. Mi maldición fue saber, quizá muy pronto, que quería comprometerme, que quería un acompañante en mi vida. Una persona apasionada que se emocionara conmigo, que celebrara la vida conmigo, hasta aburrirnos juntos.

El error en Asdru o en Regina, no existe. Yo fui la que insistió, quizá demasiado, en que fueran ellos, fui yo la que decidió quedarse atrapada en la espiral.

Hay una trampa de la vida en los asuntos pendientes, y es que no estamos obligados a vivir nada, la vida no nos obliga a resolver. Nos deja siempre la salida lista, pero no nos fuerza a tomarla. Somos nosotros quienes tenemos que elegir dar el paso afuera de la espiral, y seguir viviendo.

No sé cómo se sintió Asdru después de esa noche en Garibaldi, pero yo sé que saberme sin él en esta vida fue como ahogarme en un río helado. Comprendí que Asdru no sería mi compañero en esta vida.

Yo lo decidí, *courage*.

Y esa Lucía murió en mí.

Regina, en cambio, seguía dando vueltas. Me buscó unos meses más tarde de la bomba atómica, pero tampoco funcionó. Intentamos reanudar la relación después de que ella terminó con su novia (por un correo que era para mí y le envió a ella por error) pero el fantasma nunca se fue, así que nos mandamos al diablo el mismo verano que le rompí el corazón a Asdrúbal. Fue una escena muy simple. Llevábamos semanas peleando

por tonterías, yo quería salir y ella no, ella quería leer y yo prefería escuchar música, mi maleta estorbaba en su habitación. Fue un adiós erosionado, sin llanto, sin reclamos. La relación se desgastó como esos edificios que están a la orilla de la playa y que el mar no toca nunca, pero la erosión del salitre los deja inservibles, muertos por dentro.

PLAY: PALOMA NEGRA  
LILA DOWNS

# **El Sobre Amarillo**

## **Otra vez**

Me refugié con mi abuela ese verano, en casa de mi tía María. Estaba cada vez mejor, más lúcida, más fuerte. Yo estaba triste, perdida como jamás lo había estado, y me sentía sola; estar cerca de ella era lo único quería. Le habían dicho ya que mi abuelo había muerto así que pudimos hablar libremente del tema.

Le conté, finalmente, del Operativo del Sobre Amarillo y de mi desilusión al no encontrarlo.

—De verdad, abuela, quería encontrarlo para ti, quería que tuvieras “la respuesta” que mi abuelo no te dio en cincuenta años. Lo que les pasó en el velorio fue un milagro ¡él ya tenía Alzheimer! Aunque le hubieras

preguntado por qué no regresó, él ya no recordaba por qué te había dejado, ni siquiera sabía quién eras. Haberte escrito esa carta fue, de verdad, un milagro, abuela... Pero en ese sobre solo habían papeles de un hospital.

Me miró tierna, me dijo que no me angustiara, que cada quién resuelve sus cosas y que Dios siempre acomoda todo. La abracé.

Después me dijo:

—Tú no encontraste ese sobre porque lo encontré yo primero. —Y rió con esa risa de travesura que la vejez no le había quitado.

—¡Qué!

—Yo supe que tu abuelo había muerto el mismo día que tu tía María regresó del asilo con esas cajas. Uno sabe, hija. Esas cosas no se pueden esconder tan fácil. ¿Crees que no me di cuenta que María lloró todo el día? ¡Era su favorita, su niña consentida! Y además todos estaban misteriosos y de lo único de lo que no me hablaban era de tu abuelo. Yo sabía, sabía todo. Supe qué noche lo velaron, qué día lo enterraron...

—¿Pero por qué no dijiste nada? Abuela, no mames, todos estábamos preocupados por ti.

—¿Para qué les iba a decir? Veía a tus tías tan angustiadas que no quería preocuparlas, además, te voy a confesar algo, yo también me preocupé por quedarme loca. ¡Ya ves que eso se me da! Ja, ja, ja, ja. Mi hijo Antonio muerto y luego mi marido. Es un dolor que no puede describirse, hija. Que se te muera un hijo es como morirse por dentro, y luego el viejillo...

—Lo siento, abuela, ¿pero entonces el sobre, cómo lo conseguiste? ¿Sí estaba en esa caja?

—Sí, estaba ahí. Un día que tu tía salió, me dejaron cuidando a la nieta y ella fue quien me ayudó a encontrarlo. ¡Vieras cuánto amor me ha agarrado la chiquilla! Cada vez que viene a la casa, corre a mi recámara y se queda horas conmigo. Me recuerda mucho a ti. Me peina, me abraza, me platica de su escuela... Ya cumplió diez años, así que me ayudó a bajar la caja del clóset. ¡Ay, hija! No sabes cuánto lloré cuando leí esa carta. Era una confesión muy dura de tu abuelo, me decía que yo había sido el amor de su vida, que no se atrevió a regresar porque yo nunca lo iba a perdonar —hizo una pausa, como recordando, su voz entrecortada. —Y es cierto, hija. Me lastimó tanto que no hubiera sido capaz de perdonarlo, y él lo sabía. Escribió cosas que nada más él y yo entenderíamos,

imagínate eso, yo ya sabía que él estaba muerto y estaba leyendo esa carta que él mismo escribió. Estaba muy deprimido, hija. Sentí pena por él. Al final me pedía perdón por haberme hecho sufrir tanto, por todas sus amantes, por sus desatenciones, por no haber tenido el valor de dejar a Carmina y regresar.

La abracé. Mi abuela lloraba con su llanto de vieja. Con un llanto hondo que salía de forma natural, sin un espasmo, como si llorar para ella fuera algo secundario, como escuchar mientras se habla, como ver mientras se escucha.

—¿Y dónde está la carta?

—La quemé después de leerla. Era una carta preciosa, muy elegante, escrita a máquina, pero nadie más la tenía que leer. ¿Para qué conservarla si ya había leído todo lo que quería saber?

Le dije que me daba gusto que hubiera podido leer esa carta de mi abuelo.

—Gracias por contarme, abuela. ¿Y nadie más ha sabido de esto? —le pregunté.

—No, hija ¿para qué? Era algo para mí. Tu abuelo quería que la leyera yo, así que la leí y punto. Ya nos veremos en el cielo y ahí sí platicaremos...

—Oye abuela, ¿te puedo preguntar algo?

—Claro, hija, lo que quieras.

—¿Tú sabes cuál era el nombre turco de la abuela Gudelia?

—Se llamaba Günay. Decía que significaba sol y luna, pero no le gustaba contarlo, nadie sabía que era extranjera, tenía un acentito, pero pensaban que era de Mérida, ¿tú crees?

—Vaya. Qué bonito nombre. Gunay. ¿Y nunca te contó nada de Turquía?

—No, nada. No le gustaba. Era una mujerona, alta y guapa, pero con muy mal carácter. Todos le teníamos miedo, así que nadie se atrevía a preguntarle nada. ¿Por qué te interesa saber de ella, hija?

—No, por nada. —Dudé un minuto. —Bueno, la verdad sí es por algo. Escuché a mi tía Teresa decir algo de su testamento.

—¿Del testamento de Gudelia? ¡Pero si se murió hace como cien años! Además no tenía nada, había huido de su país en un barco, recorrió todo el Mediterráneo y luego se subió a un barco en España, así fue como llegó a Veracruz...

—Pues no sé, abuela, pero algo dijo mi tía Teresa del testamento de Gudelia, o de Rafael que algo tenía



que ver con Gudelia y que no querían decirte. ¿Mi abuelo no te dijo nada en esa carta?

—No, nada que yo recuerde, hija.

—Y la carta, dices que estaba escrita a máquina ¿verdad?

**CDMX. 21 de junio, 2009**

**Querido Qwerty,**

Todo se mueve. La gente se va, otros se quedan, regresan, pero los más se van. Y entonces un día estamos solos.

Tenemos amigos, estamos rodeados de personas que queremos, pero esa gente, poco a poco, pasan los años, y se va.

Nosotros nos vamos. Nos fuimos también de alguien.

Nos mudamos, cambiamos de intereses, de pareja, nos separamos, nos casamos.

Las abuelas se mueren, las tías se mueren, los padres se mueren, los amigos se mueren. Morimos nosotros.

Asdrúbal se fue. Se mudó. Regresó.

Regina se fue. Me fui. Nos fuimos.

Venus se mudó. Me fui. Se fue.

Regresaron amigos. Volví a la vida. Todo se mueve.

Llegaron nuevos amigos, muy pocos, que han decidido estar.

Los que se quedaron ¿hasta cuándo? Los  
que no se van ¿hasta cuándo?

Gente que llega, saluda y se va.

Personas con quienes pasamos una pizca  
de vida y se van.

¿Qué hacer con los apegos? ¿Y con el  
amor? ¿Cómo hacer para no irme?

¿Cómo hacer para no dejarlos? ¿Para que  
no me dejen?

Todo parece un truco de magia.

Dios es un mago cruel.

PLAY: SOMOS  
BUIKA CON CHUCHO VALDÉS

# María

Mi tía María desayunaba en la cocina con Ramona, eran las ocho de la mañana y mi abuela dormía.

—Buenos días —dijo mi tía limpiándose los labios con la servilleta.

—Buenos días, tía, buenos días, Ramona.

Me senté a la mesa y Ramona se acercó para ponerme un mantelito.

—Tú la escribiste ¿no? La carta de mi abuelo —le dije sin preámbulos.

Mi tía María se quedó inmóvil. —¿De qué hablas, Lucy? —preguntó nerviosa.

—¿Por qué, tía? ¿Por qué siempre le mienten a mi abuela?

—Siéntate, niña —dijo Ramona nerviosa. ¿Quieres un cafecito? Lo acabo de hacer y quedo buenísimo, cargadito como te gusta. Siéntate, siéntate. Ahorita te hago algo de desayunar.

—Hija, no es eso, no le hemos mentido —dijo mi tía María con pausa, pensando sus palabras.

—Te escuché hablando con mi tía Teresa, el día del cumpleaños, algo decían del testamento de la abuela Gudelia, que estaba en el sobre amarillo que según ustedes no tenían idea de que existía. Pero ayer mi abuela me dijo que en la carta de ese sobre no había nada sobre Gudelia.

—Entonces todavía tiene esa carta...

—No, dice que la quemó, pero que leyó una carta muy elegante que estaba muy bien escrita *a máquina*.

—Mira, Lucy, mi mamá es una mujer mayor, su salud es muy frágil...

—Tía, te escuché cuando dijiste que tú habías leído la carta escrita con el puño y letra de mi abuelo. Es claro que la transcribiste y “la arreglaste”.

Ramona se acercó con el café y un plato con fruta.

—Come, niña. Tranquila, seño María, ¿quiere que me vaya?

—No, Ramona, quédate.

—Tú y mi tía Teresa nos han estado mintiendo a todos; les pregunté del sobre varias veces y dijeron que no sabían nada, pero ahora no solo sí sabían, sino que además hicieron una copia modificada... ¿Por qué?

—Te juro que lo hicimos por el bien de tu abuela, hija —dijo con la voz entrecortada. —No sabes lo duro que ha sido para nosotras.

—Exacto, no lo sé. Cuéntame.

Mi tía María se quedó pensativa unos segundos, acomodando la historia, suspiró haciendo un esfuerzo por contener el llanto.

—Tu abuela nos dijo en el velorio de mi hermano Tony que tu abuelo quería darle una carta, un sobre amarillo, pero no le creímos. Cuando nos despedimos, tu tía Teresa se llevó a tu abuelo al asilo y, cuando ella llegó a su casa, vio que en el asiento de atrás estaba el sobre. No me dijo que lo tenía sino hasta el día que murió tu abuelo. De verdad que yo no sabía, hija. ¡Teresa lo guardó todo un año! Cuando lo leí no supe qué pensar. Lo que escribió mi papá fue que la abuela Gudelia lo había separado de mi mamá.

—¿Qué? ¿Pero cómo?

—Tus abuelos tuvieron una historia difícil, se conocieron muy jóvenes y la verdad es que a la abuela Gudelia nunca le gustó Marielena. Él no tenía dinero, así que vivieron con tu bisabuela en la casa de Veracruz un par de años, pero las dos la pasaron muy mal. Gudelia era muy grosera con tu abuela, decía que la trataba “peor que una criada”, así que en cuanto pudieron se fueron a vivir a México y se alejaron de ella. En la carta tu abuelo escribió que, cuando mi mamá lo corrió de la casa, cuando descubrió que tenía otro hijo con Carmina, Gudelia lo convenció de dejarla para siempre y de regresar a Veracruz. Decía que tu abuela era muy ambiciosa, que siempre lo juzgaría por no tener más dinero, que lo estaba convirtiendo en un hombre que él no era y Gudelia no iba permitirlo; su hijo merecía ser libre, libre como ella lo fue y no ese hombre encarcelado que mi mamá tenía en la casa, con nosotros, sus hijos, “como un esclavo trabajando para mantenerle sus lujos”.

—Ay güey, qué fuerte —dije en voz alta sin darme cuenta.

—Gudelia decía que Rafael se merecía otra mujer “otras mujeres” decía la carta. La verdad es que me costó trabajo descifrar lo que decía, hija, estaba

muy mal escrita, tu abuelo debió escribirla cuando ya tenía el Alzheimer; había frases aisladas, palabras sin sentido, pero entendí claramente que fue Gudelia la que no dejó que tu abuelo regresara con mi mamá. Yo no sabía nada de esta historia, no hubiera podido ni imaginarla. Cuando mis papás se separaron ya estábamos todos casados. Hasta tus papás. Y mi mamá se quedó sola. El castigo de Gudelia fue dejar sola a mi madre.

—¿Y del testamento qué decía? —Pregunté.

—Tu abuelo escribió que Gudelia se arrepintió antes de morir y le había escrito una carta a Marielena rogándole que la perdonara. Pero tu abuelo nunca se la dio y se sentía culpable, por eso la obsesión de darle esa carta del sobre amarillo. Nadie sabía nada de esa historia, hija; yo misma no me hubiera enterado de no ser porque Teresa encontró el sobre, pero cuando vimos los papeles de tu abuelo, esos que están guardados en esa caja del clóset que tú ya viste (Ramona me miró nerviosa), encontramos el testamento de Gudelia y ahí estaba la carta de arrepentimiento firmada por Günay, tal como tu abuelo lo escribió. A veces pienso que la enfermedad le



llegó muy pronto a mi papá y no tuvo tiempo de hablar de esto con tu abuela.

—¿Entonces lo importante del testamento fue que ahí estaba la carta de doña Gudelia? —Preguntó Ramona que ya estaba a la mesa con nosotras bebiendo café con leche.

—Sí. La carta de mi papá parecía un disparate, pero al encontrar ese testamento y esa carta de Gudelia todo tuvo sentido, decía que estaba arrepentida y que “ahí dejaba la prueba de su arrepentimiento”.

—¿O sea esa carta? ¿La carta era la prueba del arrepentimiento?

—No lo sé hija. Cuando leímos el testamento de Gudelia solo estaba la carta para mi mamá y una foto de “Günay”.

—¿Y no pensaron que tal vez en el testamento le había dejado algo a mi abuela? —pregunté.

—¡Ay, no, hija! Gudelia solo tenía esa casa de Veracruz que le dejó a tu abuelo y que ahora tiene Carmina.

—¿Pero lo leíste, el testamento? —Insistí.

—Si algo hubiera ahí, ya lo sabríamos. Tu tía Teresa y el abogado de tu abuelo siempre estuvieron en contacto. Juventino... ¿Méndez? No, Márquez, el

Licenciado

Márquez; era buen amigo de tu abuelo y de la familia.

—A ver, estaban en contacto, pero mi tía Teresa no sabía de esa carta ni de ese testamento...

—No lo sé, Lucy. Qué importa ya. Cuando nos enteramos de todo esto, decidimos que no le daríamos el sobre a mi mamá, ¡y mucho menos la carta de Gudelia! Pero tu abuela insistió tanto... Estaba tan atormentada con esa historia del sobre y del velorio, que se me ocurrió transcribirla en esa máquina vieja y falsificar la firma de tu abuelo. Que Dios me perdone.

Mi tía soltó al fin el llanto. Ramona me miraba sin saber qué hacer.

—¿Me entiendes mejor ahora, Lucy?

—Sí, te entiendo, tía. Creo que al final todos buscamos darle a mi abuela un poco de paz.

—No puedes decirle nada, Lucy, prométemelo — dijo mi tía María sin dejar de abrazarme.

—Sí, te lo prometo, no se lo diré.

Volvimos en silencio a la mesa y al café con leche y al plato de fruta. Se escuchaba la voz del locutor de la radio, sin que ninguna prestara atención.

—¿Te das cuenta de la ironía?, —dijo de pronto mi tía María. —Tu abuela ha separado muchas relaciones por sus ideas conservadoras, y la abuela Gudelia la separó de Rafael por libertina.

## Otros Asuntos

¿Cuánto tiempo debe pasar para que las respuestas encuentren su lugar en el alma? ¿Cuánto tiempo tarda en procesarse un misterio resuelto, una respuesta, una decisión? Me preguntaba esto mientras viajaba a Valle de Bravo; me reencontraba con Asdrú un par de años después de haber resuelto el misterio del sobre amarillo.

La visita era a la casa de Mercedes, una de sus compañeras de un diplomado que cursaba. No nos habíamos visto en ese tiempo, que él siguió en Torreón y yo en la CDMX, pero nos habíamos acercado otra vez con nuestros mensajes y, ese encuentro en Valle se sentía como otro comienzo, la exploración de lo que sería una amistad que se sentía más bien nueva.

La casa era hermosísima, rodeada de bosque, con grandes ventanas y estaba llena de libros. Asdrúbal había estado ahí antes, siempre le ha gustado el bosque y, cuando conoció ese espacio de inmediato me habló de él y le preguntó a Mercedes si podía invitarme. Quería además que nos conociéramos, Mercedes y yo, y de paso el proyecto de lectura que ella tenía con los niños de la montaña, ahí mismo en Valle de Bravo.

Atardecía y hacía frío, pero no demasiado. Mercedes estaba adentro con Eduardo y su esposa; hablaban y se escuchaba su risa. Sólo Asdrúbal y yo estábamos en la terraza. Una cobijita nos alcanzaba a ambos. Me acercó mi copa de vino.

—Hace casi diez años que nos conocimos, Lucy, ¿lo puedes creer? —me dijo mientras chocaba su copa con la mía y me miraba como si estuviera haciendo una travesura.

—Diez años, Asdrúbal. Qué bonito. Ya es un pedacito de vida, ¿no?

—Sí que lo es. ¿Te acuerdas de Quique, de Maruata? —asentí sin mirarlo, había mucho bosque llenándome los ojos. —Lo encontré hace poco, en Puebla, con su esposa y su hija, una bebé preciosa.

—Quique... sí, claro. Yo no supe más de él. Qué bueno que tenga una familia.

Nuestra conversación era pausada, sin prisa; los recuerdos se inflaban sobre nuestras cabezas y nos regresaban a la conversación.

—¿Y al francés, siguieron en contacto? —Le pregunté.

—¡El francéeeeeees! —Gritó Asdrú despertándonos del letargo. —Ja, ja, ja, ¡qué buena fiesta nos organizó ese compadre en Maruata! Me acuerdo que nos acompañó a Torreón y de ahí siguió su viaje por México, pero le perdí la pista. “En mil novecientos, cincuenta y cuatro, una meteorita ha golpeado la tiega... —cantó y echó una carcajada —¡qué chingón viaje tuvimos, Lucy! ¿te acuerdas de toda la letra?

—¡Claro! La tengo anotada por ahí, junto con las cartas de Stevenson.

—Uf, las cartas de Stevenson.

—Me gusta mucho recordar ese viaje —le dije y lo miré. —Qué bueno que nos conocimos y que sigues aquí —le tomé la mano y la apreté. Sonrió. Los dos, de nuevo, teníamos la mirada en el bosque que empezaba a sonar a grillos.

—Por cierto, nunca te conté que cuando tu hermano Eduardo nos visitó en la oficina de Monterrey, fuimos a una cena con mis jefes, el director de educación del estado, algunos empresarios, en fin, todos los patrones. Y cuando le preguntaron cómo me había conocido, Eduardo les dijo que en una playa perdida de Michoacán: “estaba en una fogata y de pronto vi que una chica estaba bailando, con bolas de fuego y un tambor, un baile muy sensual, así que nos quedamos hasta que terminó y le aplaudimos muchísimo, así conocí a Lucía”. Asdrúbal echó una carcajada y luego tomó aire para seguir riendo.

—¡Imagínate la cara de mis jefes gringos! Yo en traje sastre, respetabilísima, con mi título de maestría y tu hermano contándoles de mi baile semidesnuda en la playa.

—Ja, ja, ja, ja. Qué chingonería. Quién hubiera pensado que mi hermano y tú terminarían trabajando juntos.

—Sí. Es raro. La vida acerca a las personas de formas exóticas.

Asdru me habló de su nuevo trabajo como consultor y que al fin se quedaría en la Ciudad de

México indefinidamente. En Torreón había vivido momentos muy violentos, balaceras, secuestros, la ciudad estaba fuera de control y no tenía ningún caso exponerse. Además su madre estaba en Texcoco, viviendo en la Ciudad de México podía visitarla más seguido.

—¿Y a ti cómo te va de independiente? —Me preguntó. —¿Hace cuánto que dejaste la organización?

—Hace un año. Ahí voy, pero todo el tiempo tengo que estar buscando nuevos proyectos y es muy cansado. Aunque era más cansado tener un jefe y estar en una oficina todo el día. Justo ahora tengo un proyecto de literatura que me gusta mucho, estamos haciendo “Cuentos invisibles” con códigos QR. Se trata de crear una historia con tarjetas escritas y QR, de modo que al unir el cuento, como un tendedero de tarjetas, el lector tenga que usar un celular o una *tablet* para leerlo completo. Estamos trabajando con las *tablets*, que no me encantan; todo el taller se trata de eso, de que los chicos vean la posibilidades de la tecnología y la literatura.

—¿Y yo puedo tomar tu taller? —Me dijo riendo, reí también.



—Pues si quieres convivir con chicos de secundaria, eres bienvenido.

—Estás contenta, Lucy, qué gusto, qué gusto. ¿Y tu corazón, cómo está? —preguntó.

—Bien, muy bien ahora. Conocí a una chica, Aurora y, me gusta mucho, tal vez es “la buena”.

—¿En serio? Siempre he pensado cómo saben eso. Mi hermano, por ejemplo, que supo que se iba a casar con Daniela.

—No lo sé, pero cada vez más me parece que es una decisión y ya. En realidad no tiene tanta magia como la gente se imagina. Conocí a Aurora hace un mes, más o menos, en casa de una amiga. Estuvo viviendo en Canadá los últimos diez años y está rehaciendo su vida en la Ciudad de México. Es ceramista. Clavadísima. Mira, te enseñé lo que hace — con el celular le mostré su página de internet y vimos algunas piezas, esculturas pequeñas con forma humana, algunas vasijas con diferentes técnicas y formas. Noté que le habían gustado.

—Quiere presentarme a sus papás. Me invitó a comer a su casa mañana.

—¿Mañana? ¿entonces no te quedas? —me preguntó desilusionado.

—Sí, me quedo hoy y mañana me voy temprano. Sabía de la comida desde el día que me invitaste a venir, pero no quise cancelarte. Tenía muchas ganas de estar contigo aquí en Valle, y de conocer a Mercedes.

—Qué bueno que lo hiciste. Yo también tenía muchísimas ganas de verte. — Rellenó las copas de vino y brindamos en silencio. Recargué mi cabeza en su hombro y empezó a acariciarme el pelo, a enroscarme los chinos que la humedad del bosque me había formado.

—¿Te acuerdas del día que fuimos a un concierto a Bellas Artes? —Me preguntó sin dejar de acariciarme.

—Sí, cuando fuimos con Venus y Yoshimi —le dije.

—Sí, ¿y que me fui, te acuerdas?

—Sí. Dijiste que no te sentías muy bien.

—Te vi, que tomaste a Venus de la mano, y me cayó el recuerdo de la noche de Garibaldi con Nino.

—Mm. Lo siento, no pensé que te molestaría.

—No. No sé, fue raro solamente.

—Mm.

—¿Y tú qué? ¿Serás soltero para siempre? — guardó silencio un momento y se encogió de hombros.

—¿Y Mercedes? —Insití.

—Es una buena amiga —dijo —vivimos una conexión intelectual muy intensa en el diplomado.

—Es muy guapa, un poco mayor, pero bueno, cualquier mujer es mejor que esa irlandesa que llevaste a San Miguel.

Me miró sonriendo.

—¿Te cuento algo que me ha estado dando vueltas? —le dije de pronto. ¿Te acuerdas que te conté de mi abuela y del sobre y de ese arrepentimiento misterioso de mi bisabuela Gudelia?

—¡Claaaaaaro! Es una gran historia, deberías escribirla.

—Pues sí, tal vez lo haga. En fin, que he estado pensando si debería contarle lo de Gudelia a mi abuela... Le prometí a mi tía María que no le diría nada, pero pienso en las espirales de la vida, en que tarde o temprano todo se acomoda para que descubramos las cosas, algo de nosotros, de los demás... ¿Qué tal que la vida me dejó saber la verdad para que yo se la contara a mi abuela?

—Mmm —Asdrúbal se encogió de hombros.

—Sólo yo podría decirle algo así a Marielena, ¿estás de acuerdo? Pero cuando me pienso hablando con ella, no sé cómo decírselo.

—Mmm... No sé. Tu abuela ya no habla de tu abuelo, ¿no? Tal vez ella ya cerró ese asunto. Tal vez ya no necesita más verdades.

—Pues sí, tal vez —dije sintiendo un ligero consuelo.

—¿La viste? ¡Una estrella fugaz! Es una señal, Asdru, ¿ves?

Y Asdrúbal echó a reír.

—Ay, Lucy, Lucy bonita.

Cayó una estrella más y, después de acordar ambos que no eran señales de nada, nos dedicamos a la contemplación y olvidamos mi iniciativa de nieta justiciera. Estábamos en silencio ambos, con la noche que nos abrazaba y el vaho del bosque. Pedí deseos. No sé si Asdru pidió algo a esas estrellas, pero me gusta pensar que si nuestra amistad sigue, a veces desdibujada, a veces solo en la memoria, esa noche los dos pedimos lo mismo.

Y si no, ya no importa.



Asuntos Pendientes  
OST en Spotify